

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 19. — N° 408.

Administracion general, passage Saulnier, núm 4, en Paris.

## SUMARIO.

El palacio Angri-Doria, residencia del dictador en Nápoles; grabado. — Leyendas de un alma triste. — El combate de Castelfidardo; grabado. — Lorenzo Valerio;

grabado. — El marqués Pallavicino; grabado. — Monseñor Cœur; grabado. — Mariana la Sangiovanara; grabado. — Revista de Paris. — El Ciprés de la Sultana. — La limosna. — ¿La conocéis? — La China; grabados. — Una historia inglesa. — Cacerías de corzos y venados con reclamo y en batida; grabados. — El tiro nacional fran-

cés en Vincennes; grabados. — Asilo imperial de Vincennes. — Revista de la moda. — Dos días en un convento de maronitas. — El cedro del barrio Beaujon en los Campos Eliseos; grabado. — Roble gigantesco de Pompogne; grabado.



EL PALACIO ANGRÍ-DORIA, RESIDENCIA DEL DICTADOR EN NAPOLES.

## LEYENDAS DE UN ALMA TRISTE (1).

Paris 30 de setiembre de 1859.

AL SEÑOR ARSENE HOUSSAYE.

Este libro será para Vd. una prueba de mi cariñosa amistad, y un recuerdo también de mi melancolía.

Como quiera que vistamos las ideas, ellas son siempre hijas de nuestro corazón; y nacen con nuestras alegrías y con nuestras penas.

Y como ellas son las flores del alma, si las hay en esta leyenda, se las dedica á Vd. su buen amigo

JOSÉ GUELL Y RENTÉ.

OTTILIA.

OJEADA SOBRE DIEPPE.

La historia nos cuenta con su gran autoridad, que por los años de 780 Carlo Magno hizo rodear de murallas, coronándolas con un castillo, la multitud de casas de pescadores que existían en la bahía de Caux, y que los habitantes llamaron desde entonces á este lugar ciudad de Bertheville, en honor de la reina Bertha, madre del fabuloso emperador.

Es probable que antes del año mil, no se conociera esta ciudad bajo el nombre de Dieppe; pero desde el siglo XII, se llamó así.

Felipe Augusto, en guerra contra Ricardo Corazon de Leon, la saqueó, reduciéndola á cenizas, y llevándose cautivos á sus habitantes.

En 1339 Felipe de Valois, en guerra con Inglaterra, de sus pescadores sacó la mayor parte de la marinería con que tripuló su armada, y se acrecentó mucho la importancia de Dieppe por los años de 1350.

En el 1400 se hicieron grandes trabajos en el puerto, y se terminaron parte de las obras de Santiago. Carlos Desmaret, su gobernador, despues de la reconquista, puso la plaza en estado de defensa, hizo construir el castillo que hoy existe al lado de la *Falaise* de Oeste, sobre las ruinas de las antiguas fortificaciones de Felipe Augusto.

En 1511 se colocaron las primeras piedras del puerto; en 1522 se principió á construir San Remy sobre las ruinas de la anterior iglesia, que se vino á tierra en 1250; y cuando ya la ciudad habia levantado la cabeza, el 17 de julio de 1694, una gran escuadra con bandera azul, mandada por el lord Barklay, se acercó á la costa. El 21 tres galeotes armados de morteros se colocaron delante del castillo; los obuses comenzaron el fuego, y el castillo lo respondió con bravura; pero el 22 á las ocho de la mañana, galeotes, navíos, fragatas y bergantines, en número de ciento veinte, se pusieron en orden de batalla, formando un semicírculo de tres leguas.

De San Remy, hecha pedazos, vieron el 24 alejarse la flota inglesa á banderas desplegadas, como el buitre que levanta las alas despues de despedazar la presa. ¡Qué horribles dias de viudez y de espanto!... Mientras duró el bombardeo, nadie pensó en su hogar ni buscó su familia: despues de aquella tempestad, de tremendo estrago, vino el lamento y la desesperación...

En 1695 Dieppe fué reconstruida; pero la ciudad del siglo XVI, antigua metrópoli del comercio francés, patria del valiente Duquesne, no ha vuelto desde entonces á levantar la cabeza: convertida en pueblo de pescadores y de pequeños fabricantes de marfil, su vida y movimiento de hoy los debe á los extranjeros que se reúnen en sus frescas y apacibles playas á tomar los baños de mar; pero tal como es la población, trae al alma magníficos recuerdos; en ella conquistó el francés laureles inmarcesibles, y su tierra se regó con sangre de mártires fanáticos y de famosos guerreros.

Dejemos la historia para fijar la vista en la grande *Falaise* que defiende la playa, donde se levanta sombrío y original el antiguo castillo, reedificado en 1433 por los concejales del país de Caux, insurreccionados contra los ingleses, donde se retiró la célebre duquesa de Longueville, cuando quiso levantar la Normandía contra la autoridad real, y desde donde, por una ventana, se descolgó para salvar la vida, escapándose milagrosamente á Holanda.

Delante de este castillo compuesto de dos antiguos palacios, defendidos con su foso y puente levadizo, y mas tarde fortificado con torres, segun los adelantos militares de la edad media y los de nuestros dias, se extiende por un lado el mar con su horizonte sin límites; — por otro el pueblo de Pourville: mas allá comienza el bosque de Arques, en cuyo fondo asoman las ruinas de su famoso castillo, y mas cerca se levanta la ciudad con sus diques, el puerto y la playa, que es un pintoresco parterre sembrado de césped y flores, con sus remates de árboles.

A un extremo de ellas, en 1857, se edificó el establecimiento de los baños, adonde las horas primeras de la mañana concurre la gente, agrupándose en su alrededor, desde las tres á la cinco de la tarde, á oír la orquesta dirigida por M. Placet; y desde las seis de la tarde hasta la media noche, unas veces para bailar en lo interior del establecimiento; otras para perder el dinero

(1) Las dos leyendas de nuestro amigo el distinguido escritor don José Guell y Renté que comenzamos á insertar hoy, aunque publicadas recientemente en un periódico de Madrid, han sido corregidas y aumentadas por el autor para el *Correo de Ultramar* de un modo que pueden considerarse como un trabajo inédito. (La Redacción.)

y la paciencia en varias clases de juego, y mas regularmente para respirar las brisas del mar sentados apaciblemente en la terraza.

Sin duda en ningún lugar se ven reunidas tan diversas clases de la sociedad, principiando por los personajes soberanos hermanos de los reyes y acabando por la de princesas y príncipes de bastidores, que vienen allí en multitud bulliciosa y alegremente.

Pero dejemos también el cuento de la genealogía y oficios de cada cual; abandonemos el estudio del establecimiento, lleno en una tarde de fiesta de los elegantes de todas las naciones y de los jóvenes caballeros de todas las gerarquías, y á la caída de la tarde, cuando el sol va poniéndose con esa solemnidad que se despidió del universo, sepultándose en el horizonte vomitando llamas de sangre, fijemos la atención no en el mar, que siempre está anunciando soledad y desconsuelo, sino en las sombrías torres del castillo, y principalmente en la de Santiago, que se levanta en medio de la población como un gigante de piedra, y cuya cabeza, coronada con la Katarina fundida en 1560, lanza al aire sus gritos de alegría por ser el 15 de agosto, fiesta de la Asunción, la San Napoleon y la entrada en Paris del ejército vencedor de Austria en Italia.

Todos estaban atentos á la Katarina, que parecia el clamor de los siglos; pero sobre la terraza de los baños habia cuatro grupos, para los cuales voceaba en vano la tradicional campana.

El primero lo formaban una vieja de sesenta años y una doncella de diez y ocho años, que pensativas y en grave conversacion bajaban la escalinata de madera que conduce á las *cabinas* de la playa.

El segundo lo componian un caballero de cuarenta años, á cuyo lado se sentaba una señora jóven, á la que acariciaban dos tiernos niños.

El tercero eran dos damas que paseaban con grave señorío; los vestidos revelaban su nacionalidad española.

El cuarto un hombre recostado en la esquina de la alegre fonda del establecimiento, como quien mira á las ondas, y que sin pestañear estaba observando los tres grupos; su blusa azul revelaba su oficio de bañero.

Aquellos grupos no sonreían, aquellos grupos estaban silenciosos; en los ojos de todos habia tristeza; en las frentes de algunos se retrataban con sombras tenebrosas el dolor y los perversos intentos, que dan á la fisonomía esa tinta indefinible de crueldad.

Como la noche iba cayendo y la terraza llenándose de gente para oír el concierto, los cuatro grupos fueron confundiendo en la multitud, y eran las ocho, y ya los separaban filas espesas de personas que se sentaban al rededor del establecimiento, esperando la fiesta.

## QUIÉN ERA EL PRIMER GRUPO.

María Paluzzi quedó viuda de Jaime el pescador á la edad de veinte años; la muerte de su marido la habia colocado en una posición aflictiva, porque no tenia con qué mantener á Hércules, que así se llamaba su pequeño hijo, único fruto de su feliz matrimonio: llena de robustez y muy estimada de su vecindario, María se dedicó á planchar, y á las pocas semanas toda la ropa del barrio se repasaba en su casa. Con este oficio ganaba lo bastante para vivir honradamente educando á su hijo.

Cuando Hércules tuvo catorce años, lo entregó á un patron amigo de su difunto marido, que pescaba en las costas de Inglaterra, y á los pocos meses Hércules manejaba el remo como un antiguo marino; era el timonel de la palanquera, y en las costas de Inglaterra ninguno le aventajaba ni era mas diestro en su oficio.

Hércules, de marinero llegó á patron y de patron á propietario de la palanquera, y entonces fué cuando su madre, que no vivia ya pobremente, sino rodeada de todas las comodidades que permitia la productiva industria de su hijo, le escogió para esposa una doncella del gremio del mar. Hércules se casó en medio de las bendiciones de sus compañeros, por la honradez y caridad de su alma generosa y valiente.

Muchos años fué su matrimonio con Ana, hija del capitán de la goleta *Leontina*, el objeto de la envidia de Dieppe: cuando se paseaban por la plaza de la Catedral ó por las orillas del mar, nadie podia fijar en ellos los ojos sin sentirse conmovido á la sonrisa de felicidad con que aquellas criaturas saludaban á sus innumerables conocidos.

Cinco años despues del matrimonio nació Ottilia, y á los pocos dias, cuando estaba restablecida, Ana, sentada una tarde en la playa recostando la cabeza en el pecho de su marido, sintió un dolor agudo en el corazón; le enlazó los brazos al cuello, y al besarlo, pronunciando el nombre de Ottilia que tenia en sus manos, se quedó muerta sin exhalar un ¡ay! ni dar un suspiro.

Hércules la llamó á gritos sin poderse convencer de que Ana estaba muerta: á su dolor acudieron los pescadores de la orilla; sobre sus hombros llevaron el cadáver á su casa; mientras el pobre, como si temiera aun que la muerte le arrancara la delicada niña recién nacida, la escondia como un loco en los pliegues de su bornuz, deshecho en lágrimas.

Despues condujo el cuerpo de Ana al cementerio de la ciudad: él mismo cavó la huesa: le hizo hacer una losa de mármol y sembró de flores los alrededores del sepulcro.

Muchos meses lloró aquel infeliz: su salud fué deteriorándose; abandonó sus negocios; el cariño de su pobre madre María no era suficiente á curar su pena: po-

co á poco fué enfermándose, hasta que al fin una fiebre violenta lo tendió en la cama; luchando con la muerte, pasó muchos dias; al fin salvó la vida; pero la inteligencia habia sufrido un golpe terrible; la locura se habia apoderado de aquella cabeza, antes tan firme y pensadora.

Hércules estaba siempre silencioso: el dia lo pasaba sentado sobre la arena donde murió Ana, ó recostado en la piedra de su sepulcro.

Aquella enfermedad tan larga y los grandes gastos de su curación acabaron con su pequeña fortuna: la abundancia y la felicidad antigua fueron haciéndole plaza á la miseria.

Y Ottilia tenía ya doce años cuando la pobre abuela María tuvo, á pesar de sus cincuenta y seis años, que abrir de nuevo las puertas á su antiguo oficio de planchadora, y ayudada de su tierna nieta, la viejecilla volvió á sostener á su hijo, que en el estado de enajenación mental no se daba cuenta de lo que pasaba.

Jamás el triste loco decia una palabra; jamás se le oyó una queja; jamás hacia una pregunta; algunas veces, mirando á su hija, se le veían correr las lágrimas, y esa era la única prueba de que aun habia en su alma algun resto de inteligencia.

Agobiada de la fatiga y de la pena, la abuela enfermó. Las tres ó cuatro pesetas diarias que ganaba trabajando sin descanso, faltaron para el alimento de la familia; de modo que la anciana María estaba en cama postrada por la fiebre: Hércules se sentaba sombrío y silencioso, sacudido por los ataques de su enajenación mental, en un rincón oscuro del cuarto de su madre: y Ottilia, de trece años, casi sin fuerzas para levantar el hierro con que planchaba, repasando la ropa, ganaba al dia á pesar de su delicada constitución y pocos años, dos pesetas y media con que sostenia á su abuela, á su padre enfermo y á ella misma, que débil y abatida por el hambre, por sostener con la parte de su alimento á la pobre María, á quien cada vez postraba mas la terrible enfermedad, apenas podia hacer el trabajo.

Dos meses duró aquella situación aflictiva; en ellos la tierna niña asistía á la madre: la cambiaba á cada momento de postura; le daba los medicamentos y hacia la cocina para su padre, á quien atendia incesantemente; planchaba su ropa; iba á la plaza á comprar los alimentos y á la botica; hacia la limpieza de su reducida casa y de todos los objetos del servicio; y cuando llegaba la caída de la tarde, Ottilia, despues de trenzar sus rubios cabellos, que caían en anchisimas, apretadas y recogidas trenzas sobre sus hombros, y de cuidar sus dientes blanquísimos, que enseñaba á cada sonrisa de su inocencia, y de componer con coquetería su sencillo vestido y su pequeña chaqueta cortada y cosida por sus manos, daba de comer á dos jilgueros que tenia colgados en sus pequeñas jaulitas en la jamba del balcón, regaba una maceta de tomillo, otra de geranio, dos de violetas y dos de fusias encarnadas que tenia alrededor de su ventana, que eran el tesoro, la riqueza y el placer de aquella alma cándida y hermosa.

Los vecinos, admirados de la virtud de la niña, de su tan tierno amor filial y de aquella virginal inocencia, le abrieron de par en par las puertas de la caridad; y el vendedor de vinos, que vivia en la mitad de la calle, puso á su disposición su bolsa, y el panadero y el trabajador de marfil le hicieron el mismo ofrecimiento, y así fué, que durante la enfermedad de la abuela, de nada careció ni ella ni Hércules; Ottilia era el ídolo de la vecindad y el encanto de la calle de Sigogne.

La vieja María recobró la salud, y á fuerza de cariño y de ternura, Hércules también volvió á su razón, y teniendo aun robustez, protegido por el ayuntamiento de la villa fué nombrado bañero del establecimiento.

Con aquel oficio pudo ganar cinco pesetas diarias, que unidas á lo que cosía Ottilia y á lo que planchaba María, á pesar de sus sesenta años, producian lo suficiente para vivir en su pequeña casa, que era el 37 1/2 de la calle de Sigogne, compuesta de la sala baja, en la que estaba la chimenea, el armario de la ropa y las piezas que formaban la batería de la cocina, cuatro sillas y una mesa. El primer piso lo formaba una sala y un dormitorio dividido por unos bastidores clavados en la pared por Ottilia, los cuales hacian un cuartito para ella y su abuela, y otro para Hércules; y remataba la casa en un granero, que era el tercer piso, donde estaba la mesa del planchado, cuatro palomas, dos gallinas, un gato, un gorrion doméstico que vivia mansamente por los tejados de la vecindad; esta era la casa y familia del honrado y laborioso Hércules, y estas las dos mujeres del primer grupo, que bajaban la escalera de los baños con dirección al mar.

## QUÉ ERA EL SEGUNDO GRUPO.

Nicolás Twardowski se habia casado en Oriente con la princesa Zeneida Chodja. Doce años hacia que este matrimonio habia emigrado de los climas asiáticos para establecer su residencia en la América del Norte. Poderosos señores de una gran fortuna, aquellas dos criaturas parecia que nada envidiaban al resto de los mortales.

La princesa, sin ser bella era una mujer agradable; débil de naturaleza, altanera, suspicaz y de caritativo corazón. El príncipe era de carácter enérgico, decidido, lleno de imaginación, aburrido de los placeres, hastiado de todo, á quien casi pesaba la vida. Era uno de aquellos hombres que á los cuarenta años todo lo habia

visto; á quien no le hacia ilusion ni la hermosura de la inocencia, ni las coqueturias de las mujeres diestras; era, finalmente, espíritu á quien Dios habia dado para vivir un filtro lleno de amor, que gota á gota habia pasado ocupando el hueco del amor que se iba, y de la risueña esperanza, la hiel del aburrimiento y el desengaño horrible que habia convertido el corazon de aquel infeliz en un desierto sin limites.

El príncipe vivia taciturno; su sonrisa era mas que la expansion de la paz y de la alegría del alma, una contraccion de burla y de desprecio. Cuando miraba risueño, mas que prueba de cariño, era su saludo un sarcasmo de hielo y de maldicion; ¡espíritu condenado y duro que se consumia en el tormento sin que nada reverdeciera el agostado campo de sus perdidas ilusiones! ¿Qué habia matado las esperanzas de aquella criatura que á pesar de sus instintos buenos, con mas placer oia el gemido del moribundo que el canto alegre de las almas dichosas?

La causa de aquella situacion amarga no la adivinaba nadie; pero aquel hombre era tenebroso, duro, melancólico, sagaz, valiente, inflexible y de una resolucion inquebrantable.

De este espíritu y de la princesa Zeneida eran descendientes los dos niños que llenos de dulzura habian nacido ángeles de aquellas almas tan raras, que vivian unidas sin amarse, que se ayudaban en el camino de la vida sin tenerse compasion, que se defendian mutuamente, sin interés; que se abrasaban de celos sin cariño, y que á cada hora veian crecer su aburrimiento, y á cada hora la frialdad y la repugnancia sin poderse separar, atados por una cadena que cada vez estrechaba mas el límite de sus eslabones.

Era aquella union como el trabajo de Sísifo; decreto del destino; hasta morir era necesario llevar la carga; pero el príncipe Nicolás, si era verdad que no huia de ella el hombre, con el pensamiento se paseaba por la tierra, así como las águilas que vuelan sin miedo, sin rumbo, sin frio, sin calor, y dando saltos de un mundo al otro, como si les enseñara velocidad y su camino, la luz rapidísima de los relámpagos.

El príncipe era un alma maligna, vestida de ternura, de compasion, de flexibilidad y de buen agrado. Sus ojos eran de lince, su fisonomía de piedra, y la vergüenza nunca le daba color á sus pálidas mejillas: su característica cabeza la sostenia un cuello erguido, y nada hubiera perdido la humanidad porque le hubiera estrechado la garganta la cuerda del verdugo.

Pero cada fiero tiene su mision, y la de este personaje Dios la tenia dispuesta.

El príncipe Nicolás, la princesa Zeneida y los dos niños preciosos é inocentes eran el segundo grupo.

#### QUÉ ERA EL TERCER GRUPO.

Todos los historiadores y viajeros dicen: que no hay mujeres ni de mas gracia, ni mas vivas, ni mas ingeniosas que las hijas del Mediodia de España. La tierra aquella es caliente: allí las brisas riegan su aliento de sal sobre los bosques de flores: y lo que no nace cerca la espuma del mar, se cria en las márgenes del claro y tranquilo Guadalquivir; y en todas las zonas que ocupan las risueñas Andalucías, no salen sino mujeres como ángeles, ensueños divinos de la magnífica y caballerosa raza árabe, que con sus negros y hermosísimos ojos dejó en esa tierra feliz sus imaginaciones vivas y profundas, sus tiernísimas almas y sus encantos hechiceros.

Las mujeres del Mediodia de España son sin duda las primeras del mundo por su talle esbelto, por sus undosas y negrísimas cabelleras, por sus ojos expresivos, por sus formas redondas, por sus leves cinturas, por sus pequeños pies, y sobre todo por la gracia y arrogancia de su garbo, y por el señorío y compostura de su andar generoso. Un cantar de España dice:

Si me pierdo que me busquen  
Bajo el sol de Andalucía,  
Donde nacen las morenas  
Y donde la sal se cria.

Pues bien, el tercer grupo lo componian dos mujeres de esa poética Andalucía.

La una alta, esbelta, de andar franco y resuelto, manos delicadas, piés ligeros, cabellos castaños, frente ancha de parietales, ojos pequeños y negros, cejas que se unian sobre el entrecejo, labios estrechos, encías salientes, la dentadura blanca, los huesos de las mandíbulas anchos, el color trigueño, el bozo cobrizo y apuntando el vello, fornida de hombros, y como madre de varios hijos, trabajadas las formas, y la naturaleza un poco cansada de cuidados y curaciones; pero á pesar de todo, hija de Andalucía, descendiente de los tipos árabes, gallardeaba y era vistosa y capaz, en medio de la falta de gran tipo, de estremecer con su mirada al hombre mas frio.

Pero á sus hechizos unia un alma de hierro y una vanidad como su alma: un egoismo que ocupaba en el espíritu el sentimiento de la ternura: un talento de las dos españolas la que en el tercer grupo se levantaba como un ciprés entre flores.

Su compañera era un ángel de bondad: andaluza tambien; sus cabellos de color de plata, sus ojos melancólicos y la bondad del corazon salia á sus pálidas mejillas; y si fuera necesario una buena madre para heroína de esta historia, ella seria suficiente á representarla.

Pero basta para admirar los decretos de la Providen-

cia, saber que eran estas diferentes criaturas madre é hija.

La hija era la célebre marquesa de Canimar, famosa por su elegancia, que hacia seis años habia salido de su patria, que acompañada de su servidumbre, estaba en los baños de Dieppe, y que aquella tarde por ser la fiesta de la Asuncion, se habia vestido de manola, con un marsellé negro, una charpa azul, su calañés y un clavel en el pecho, como queriendo recordar á algun desgraciado aquel cantar de su tierra:

El clavel que tú me diste  
El día de la Asuncion,  
No fué clavel, sino clavo,  
Que clavó mi corazon.

Este era el tercer grupo.

#### EL CUARTO GRUPO.

Era solo Hércules mirando como la hiena de la pata coja: los tres grupos estaban inmóviles, pero los ojos del bañero parecian dar vueltas en las órbitas. ¿Era que la antigua locura volvía á apoderarse de su alma? No; Hércules no estaba loco. El valiente marino habia dejado el mar y sus tempestades; pero con ojos de lince veia las tempestades de la vida, y sin duda, alguna nube negra se levantaba en su horizonte.

Como que el sol iba poniéndose y las sombras caian, en aquel semblante negro se perdian las líneas de la fisonomía; pero sus ojos radiantes y expresivos parecian despedir rayos.

Dos veces se fijaron llenos de curiosidad en la cabeza del príncipe Nicolás; dos veces, movidos de desprecio, sobre la marquesa de Canimar, y por fin deteniéndose sobre su tierna hija se nublaron de lágrimas. El bañero las enjugó clavando su mirada sobre las ondas del mar, y como por fin cayó la oscuridad, con el ruido y la confusion de la fiesta, los cuatro grupos se perdieron en la multitud, no pudiendo seguir la vista el hilo de sus movimientos, que eran una historia de afectos y un poema casi del infierno.

#### LA CALLE DE SIGOGNE.

Antiguamente se llamaba esta calle la de los Pozos Pequeños; pero de resultados de los hechos de armas de los célebres Sigogne, sus gobernadores (1), se les dió este nombre, que si la elevó en consideracion por el recuerdo, no en riqueza ni en hermosura.

Esta calle está situada á la falda del castillo, de modo que todas las casas se visitan con los ojos al bajar la rampa. Coge desde el principio de la calle de la Barra, que va á dar al puerto atravesando toda la ciudad, y concluye delante de la verja del nuevo establecimiento de los baños.

Lo original de ella, y lo que no tiene igual en el mundo, comienza desde el número 1, que es la primera casa y acaba en el 39, que es una casita cuyas paredes están pintadas de blanco, sus puertas y balcones de verde, y parece durante el día que encierran algo misterioso, pues rara vez se ve á nadie penetrar por sus entreabiertas puertas.

Desde el número 1 hasta el 34, que es la esquina opuesta que forma la manzana, tiene la calle ciento cuarenta pasos; y en este trayecto, amen de dos pedazos de terreno en abandono de veinte varas de extension cada uno, la miseria ha fabricado treinta y cuatro casas, que deben ser otros tantos palacios para las honradas familias que las habitan.

Solo tres tienen entresuelo y cuarto principal; las demás ostentan en su miseria hasta tres pisos; pero lo regular de su construccion es el principal, al que se sube por tres escalones de piedras, movidas y separadas por las lluvias, el tiempo y el uso. Despues de esta pieza, desde la cual no se va á la alcoba ni á otra ninguna habitacion, y donde se encuentra la chimenea, de un metro de ancha y otro de altura, que sirve á la vez de cocina confortable en invierno, se sube por una escalera de ocho gradas al piso primero, que tampoco tiene alcoba, y de allí al granero, la mas util pieza de estas viviendas originales.

Para que haya treinta y cuatro casas en una extension de cien pasos, es necesario que algunas de ellas apenas tengan dos metros y medio de frente y tres de profundidad.

(1) En 1567 el gobernador Sigogne, enemigo mortal de los protestantes de Dieppe, pidió al rey auxilio para dominarlos. El rey le envió á M. Mailleraye, su lugarteniente, al frente de un regimiento de infanteria. Los herejes confiaron en el juramento que les hizo el gobernador, de que aquella fuerza no marchaba contra ellos. El 24 de octubre en la noche, entró Mailleraye con su fuerza en la ciudadela; pocas horas despues les intimó á los habitantes que rindieran armas, mas tarde bajaron doce compañías del castillo gritando: « Muerte á los hugonotes, para nosotros sus hijos y sus riquezas, » y mucha sangre corrió por las calles de Dieppe en diferentes encuentros. Por fin, atemorizada la gente de la poblacion, se puso en huida; entonces el gobernador, que se habia encerrado en el fuerte, temiendo una emboscada, para convenirse de si podia bajar seguro, uso fuego á las diez y ocho ó veinte casas que habia al pié del castillo, y viendo que nadie salia de ellas ni acudia al incendio, cayó sobre la villa, y en memoria de este gobernador que degolló mucha gente, y á quien mató de una coz un caballo que habia pertenecido á una de sus victimas, se le puso á la calle que está al pié del castillo la calle de Sigogne. — La calle y las casas deben parecerse al alma de aquel héroe, que aunque en San Remy tiene sepulcro, Dios quiera que no tenga otro mejor donde se premian y castigan las acciones de los mortales.

Regularmente la puerta no tiene mas anchura ni elevacion que la que necesita el cuerpo de un hombre, y la ventana muchas veces coge todo el frente; esta arquitectura varia solamente en el número 1 y 3, que lo ocupa un herrador que tiene en una de las casas la fragua, y en otra, en donde apenas cabe el caballo, la sala de operaciones.

Lo demás de la calle es de un estilo tan pobre, que ni las chozas de los salvajes de América y Africa, ni las viviendas primitivas de los antiguos pueblos, ni nada se parece al estilo extravagante, miserable y pretencioso de las treinta y cuatro casas de la rue Sigogne. El Gito de Roma donde se albergan los judíos, y el barrio de Triana donde habitan los gitanos, y algun rincon en la antigua ciudad de Tudela, en una calle que llaman de los Guerrerros y que va á salir á las ruinas de su antiguo castillo, es lo único que puede hacerle concurrencia á este barrio, el mas primitivo que han visto ojos humanos, en cuyas casas aun hay enlosados de barro con figuras cartaginesas y mosaicos fenicios como los del templo destruido de San Miguel de Barcelona.

Si la calle es rara por su arquitectura, no lo es menos por la clase de sus habitantes. La primera casa frente á la del herrero la ocupaba un personaje que tenia escrito sobre su puerta: « Maestro desollador de chimeneas y aserrador de madera: » frente de este honrado artesano, que jamás vió en su persona ni en sus vestidos mancha blanca, vive una viejecilla, con dos jóvenes de diez y ocho ó veinte años, dedicados al oscuro oficio de carboneros.

Mas allá una dichosa madre con seis hijos, que tiene venta de malos quesos, de leche adulterada, de jabones y peores bizcochos.

(Se continuará.)

#### El combate de Castelfidardo.

Damos un dibujo que representa el ataque de las líneas piemontesas en Castelfidardo por las tropas de Lamoriciere. Este combate que decidió de la suerte del ejército reunido por el papa y al mando del general francés, puede describirse en breves palabras:

El general Lamoriciere, que mandaba el primer cuerpo, fué reforzado en la mañana del 17 en Macerata por el que mandaba el general Pimodan, y resolvió atacar al día siguiente las líneas piemontesas que interceptaban el camino de Ancona y meterse en esta plaza con su ejército.

El ataque tuvo lugar en efecto en la mañana del 18, y hubo un terrible combate. Los dos ejércitos mostraron igual valor, y sufrieron pérdidas considerables.

Las líneas piemontesas estaban formidablemente establecidas, y las tropas pontificias no pudieron forzarlas. Tres veces atacaron la posicion y otras tantas tuvieron que replegarse. En el tercer ataque quedó herido de diferentes palazos el general Pimodan, que fué retirado moribundo. El general Lamoriciere se puso al frente de una corta columna, logró pasar por medio del ejército enemigo, ganar la montaña y entrar en Ancona.

El general Pimodan murió en la noche del 18 al 19 de resultados de sus heridas.

La rendición de Ancona tuvo lugar algunos dias despues, y de este modo las tropas piemontesas que invadieron el territorio pontificio, pudieron asegurar en breve tiempo el dominio de Victor Manuel sobre las provincias invadidas que son la Umbría y las Marcas.

#### Lorenzo Valerio

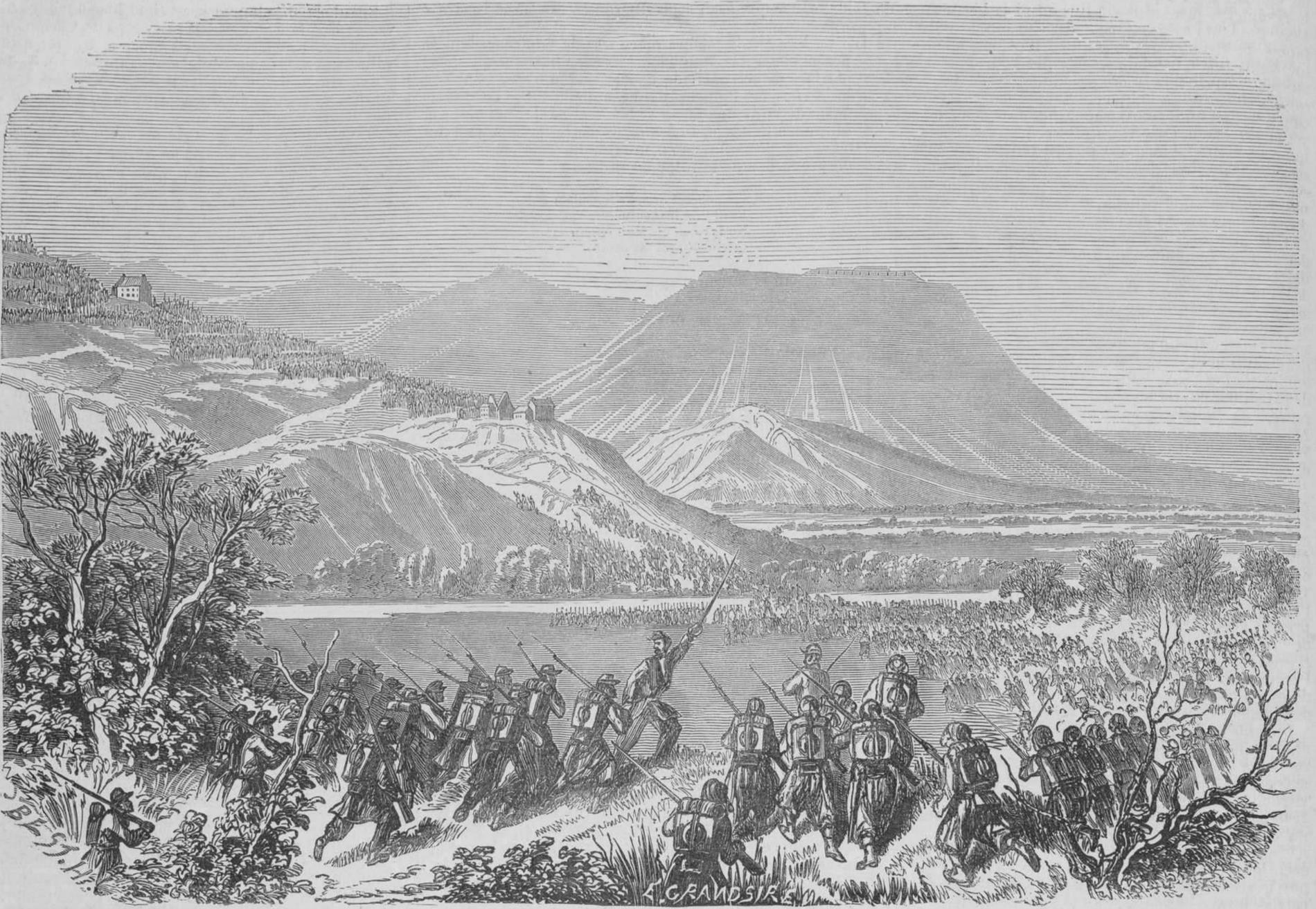
GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE COMO, COMISARIO GENERAL EXTRAORDINARIO EN LAS MARCAS.

Entre las individualidades mas notables que surgieron del movimiento nacional de 1847-1848, figura como una de las mas populares en Italia la del señor Valerio. La independencia italiana debe á este generoso patriota no solo el haber sido uno de los principales campeones cuando el renacimiento de la época de Carlos Alberto, sino el haberse quedado en pié sobre la brecha durante el largo período de duda y de aislamiento que siguió á los desastres de 1849. Político atrevido, publicista y orador de primer orden, Lorenzo Valerio fué durante ocho años (ocho campañas contra el Austria) el abanderado de ese gran partido de la accion al cual la Italia deberá en breve su unidad total, y que reconoce por jefe desde el primer día al ilustre Urbano Rattazzi, su mas brillante personificación.

El señor Valerio, oriundo de la provincia de Turin, tiene en el día cuarenta y cinco años. Consagrado anteriormente á la industria y al comercio, lo dejó todo para seguir en libertad su vocacion política. Cuando el estatuto vino á crear una prensa militante en el Piemonte, Lorenzo Valerio fué uno de los primeros que ingresó en sus filas, y sus buenos estudios unidos á un genio natural, le valieron en breve una reputacion extraordinaria. Era redactor en jefe de la *Concordia* cuando los electores de Casteggio le enviaron á la Cámara que inauguró el régimen constitucional.

En 1849 recibió del ministerio Rattazzi la importante mision de obrar cerca de los gobiernos de Florencia y de Roma, á fin de decidirles á secundar los esfuerzos del Piemonte en la segunda campaña que estaba á punto de abrirse; pero los sucesos se adelantaron á las negociaciones, y Novara llamó al enviado sardo á su patria.

Desde esa época el señor Valerio se consagró á las ta-



EL COMBATE DE CASTELFIDARDO.

reas parlamentarias, adquiriendo con justicia el renombre de orador eminente. Alto, dotado de una hermosa é imponente fisonomía, su actitud y su palabra despiertan la atención y el interés. Sus discursos claros, firmes y llenos de alusiones y citas oportunas, demuestran una gran ciencia histórica.

Después de la guerra de 1859, Lorenzo Valerio aceptó del gabinete Rattazzi el puesto de gobernador de la

provincia de Como en la Lombardía, á cuya emancipación habia contribuido eficazmente con sus escritos y su palabra. Al punto que el ejército real piemontés hubo invadido el territorio pontificio, el señor Valerio abandonó el puesto de gobernador de Como, y fué enviado á las Marcas para organizar civilmente esta provincia.

Sabido es que el marqués Pepoli cumple la misma misión en la Umbria.

C. DE LA V.

#### El marqués Pallavicino.

El marqués Jorge Trivulcio Pallavicino, actualmente prodictador de Nápoles, nació en Milan con el siglo. Pertenece á esa alta aristocracia lombarda tan nacional, y cuya invencible resistencia á la absorción austriaca ha contribuido tanto al movimiento italiano. Nadie ha hecho mas personalmente que Pallavicino. Complicado



LORENZO VALERIO, COMISARIO GENERAL EXTRAORDINARIO EN LAS MARCAS.



EL MARQUÉS JORGE TRIVULCIO PALLAVICINO, PRODICTADOR DE NAPOLES.

en la famosa causa política de Confalonieri, despues de la revolucion piamontesa de 1821 que tanto asustó al gabinete de Viena, el marqués fué condenado á muerte, pena que se conmutó en la de *carcere duro*. Jorge Pallavicino pasó diez años horribles, y cuando salió del Spielberg, fué para ser encerrado en la casa de fuerza de Gradisca, con los asesinos y los ladrones. Devuelto por fin al mundo con la muerte de Francisco I, el marqués, que al ardor de su sentimiento nacionaltema que añadir el recuerdo de tantos sufrimientos, se arrojó sin perder un instante en todas las conspiraciones sucesivas que dieron por fruto la revolucion de 1848 y la emancipacion momentánea de la Lombardia. Despues del regreso de los austriacos debió buscar un refugio en el Piamonte, que fué entonces el asilo de tantos proscritos.

Pallavicino, naturalizado piamontés, es muy adicto á la casa de Saboya, hácia la cual tendian los votos de los milaneses aun antes que los del resto de la Italia. Pallavicino fué enviado á la cámara de los diputados por el primer colegio de Turin, y desde 1849 no ha cesado de representar á la capital en el Parlamento hasta principios de este año que fué nombrado senador.

Durante los últimos once años la independencia italiana no ha tenido un campeon mas activo que Jorge Pallavicino. Pasaba su tiempo y gastaba su fortuna en preparar nuevos golpes á la dominacion extranjera. Se puede decir que en todo ese tiempo no ha vivido mas que para la patria. Intimo amigo de Manin, obraba de acuerdo con el ilustre veneciano, no solo en Italia sino en el resto de la Europa. Estos dos ciudadanos fueron los primeros que inauguraron el programa de la Italia unida bajo el cetro de Victor Manuel.

La *Sociedad nacional italiana* que sirvió tan poderosamente la causa de la independencia, tenia por presidente al marqués Pallavicino, y por vicepresidente á Garibaldi. Esta última circunstancia hará comprender cómo el general llamó á Nápoles á su antiguo amigo para confiarle el poder civil de acuerdo con el rey del Piamonte.

C. DE LA V.

**Monseñor Cœur,**

OBISPO DE TROYES.

Monseñor Cœur, obispo de Troyes, que acaba de morir súbitamente, habia nacido en Tarare en 1803. Sucesivamente estudió en las escuelas eclesiásticas de Lyon y de Aix. A diez y ocho años profesaba las bellas letras en el colegio de Saint-Chaumont, pero no tardó en seguir la vocacion que le llamaba al estado eclesiástico, y entró en la casa llamada de los Cartujos, fundada por el cardinal Fesch. Salió con distincion de la escuela de filosofia, y en seguida fué encargado de esta enseñanza en la casa de Aix. Despues de haber seguido durante tres años en París los cursos de la Sorbona y del colegio de Francia, fué á Lyon donde entró en el gran seminario, y donde recibió las órdenes.

Los triunfos del abate Cœur en la enseñanza le destinaban al púlpito. Se entregó con celo á predicar, y se vió llamado sucesivamente á las grandes ciudades de Francia y á los púlpitos de la capital. Monseñor de Quelen le nombró canónigo, vicario general, y le hizo acordar la cátedra de elocuencia sagrada en la facultad de teología.

En 1848 monseñor Sibour se disponia á nombrar al abate Cœur cura párroco de San Roque, cuando fué llamado al obispado de Troyes. Los discursos y los mandamientos de monseñor Cœur recuerdan las mas hermosas páginas de la elocuencia sagrada de los franceses.

Sobre los últimos momentos de este digno prelado un periódico de Troyes publica los siguientes pormenores:



MONSEÑOR PEDRO LUIS CŒUR, OBISPO DE TROYES, MUERTO EL 9 DE OCTUBRE DE 1860.



MARIANA LA SANGIOVANNARA.

« El martes 9 monseñor de Cœur y su hermano el abate Cœur, vicario general, se dirigieron á Chaumont, al palacio de M. de Truchy. El eminente prelado, despues de pasear un buen rato por las alamedas del parque, se retiró á la habitacion que tenia dispuesta, y pidió un tomo de las obras de san Gerónimo. Eran entonces las cinco, poco mas ó menos. A las seis la señora de Truchy subió á avisar al prelado que la comida estaba ya dispuesta.

Calcúlese cuál seria su sorpresa al encontrar al prelado tendido al pié de su sillón y sin movimiento. A los gritos que dió la señora, acudieron el abate Cœur y demás personas que habia en la casa; se avisó á toda prisa al médico de Chaumont, en tanto que se dirigió á Troyes para llamar á otro facultativo.

Monseñor Cœur habia sido víctima de un ataque apoplético. Los primeros remedios que se le prodigaron produjeron al parecer algun buen efecto; volvió á recobrar los sentidos: pero no haciéndose ilusiones sobre la gravedad de su estado, indicó á su hermano que deseaba recibir sin demora los Santos Sacramentos. El abate Cœur con lágrimas en los ojos cumplió esta santa y dolorosa tarea: nunca se habia desempeñado el ministerio sagrado en tan particulares circunstancias.

En breve reaparecieron síntomas mas alarmantes, perdiéndose toda esperanza de salvar la vida del ilustre prelado. A las diez de la noche monseñor Cœur dió su alma al Criador. »

**Mariana la Sangiovanara.**

Mariana ha tomado la parte mas activa en la revolucion napolitana; cuando yo fui á verla estaba sentada en su taberna, y á su lado habia un hombre que daba á

los curiosos las explicaciones que Mariana se dignaba prodigar. A su izquierda comia un borracho que intercalaba la relacion de los sucesos del dia con un espantoso consumo de pimienta de Cayena, de rajadas de sandía y de vasos de *asprinio*, el champaña del pueblo de Nápoles. Unas cincuenta personas de traza equívoca llenaban el aposento. La taberna se halla situada en la Piquasecca. Al lado de la puerta habia un Crucifijo enorme rodeado de flores y de luces, ante el cual dos ó tres docenas de muchachas rezaban con acento chillón por sus parientes ó por sus novios que combaten con Garibaldi. En el umbral de la taberna se abre un abismo donde duermen algunos centenares de toneles, pues Mariana es rica. Las paredes están adornadas con colgaduras tricolores, y el alumbrado consiste en lámparas de aceite. Aquí y al á mesas horriblemente sucias, rara vez vacías, y en resumen, mas humo que luz en la taberna.

Mariana me hizo esperar antes de dirigirme la palabra: mezclaba las explicaciones de la *no intervencion* que daba á un puñado de bravi de su banda, con las de un guisado para el dia siguiente, que dirigia á un pinche de cocina. Fué muy sóbria de noticias acerca de su persona; menos reservada estuvo con mi amigo el señor Altamura, autor del adjunto dibujo.

Mariana me habló de su mision y de su parte en la *accion*, y al punto conocí que tenia ideas mazinianas. No se lisonjeó de su papel en la revolucion, ni de cómo habia contribuido á seducir á los soldados del rey para que se pasaran á Garibaldi. Me dijo que su primer marido era un *croata* del rey Fernando; y que el segundo era un buen muchacho, elogio que hizo echar chispas á un jóven sentado desde por la mañana á comer un tomate y extasiado delante de ella.

Mariana tiene una fisonomia muy voluble; pasa de la voluptuosa languidez de la perezosa napolitana á la sombría energia del conspirador; su cutis se ilumina ó se pone lívido. En un cuarto de hora de conversacion vi yo estas alternativas producidas por los nombres de Garibaldi y de Francisco II, del comisario de policia Campagna y de Victor Marnuel aquel: semblante era todo

un drama. Mariana es un oráculo del barrio y á veces á Providencia. Distribuye socorros y da noticias, aclara dudas, explica la situación, indica al pueblo su papel, y le da las razones que hay para que pase de los Borbones al *re galantomme*: en suma, Mariana tiene el tacto suficiente para aleñar los corazones.

La tabernera ha figurado en primera línea en las fiestas que siguieron á la entrada de Garibaldi. A la cabeza de su banda armada de fusiles ó de picas, una inmensa bandera tricolor en la mano, la pistola y el puñal en el cinto, sin nada en la cabeza, el rostro severo y pálido de emoción, la mirada perdida en el infinito, marchaba solemnemente en medio de los frenéticos aplausos del pueblo. Todo el mundo la conocía y la llamaba por su nombre, Garibaldi la estrechó la mano y la dió un beso en cada mejilla. No faltó en la entrada del dictador, como no faltó tampoco cuando este fué á visitar á la Virgen de Piedigrotta, á pesar de la lluvia que inundaba la capital. El pueblo se vió representado en esta mujer.

Mariana se halla en este momento en las avanzadas para cuidar á los heridos y conducir su banda al combate. Cuando se recoge el pañuelo en torno de su cuello, es que la tempestad muge en su alma y es capaz de todo.

Sin embargo, tiene un pecadillo venial sobre su conciencia; una noche la policía llama á la puerta de su taberna; Mariana se levanta en silencio, quita el cerrojo del escotillon que forma la boca de la bodega, abre la puerta de la calle y se echa á un lado. Los esbirros se precipitan en la taberna; mas al poner el pié en el escotillon se hunde, y los esbirros desaparecen en la cueva. Mariana se escapa. Pocos dias despues llegan la amnistía y la constitucion, y Mariana vuelve á presentarse en su taberna.

La Sangiovannara tiene treinta años.

A. K.

### Revista de Paris.

Una anecdota de Baden que hemos oido á un testigo ocluir. — La escena pasa á últimos de setiembre en el terrado del Castillo Viejo.

Delante de una mesa colocada, no lejos de un añoso roble, estaban sentadas una señora de cierta edad, con una jóven señorita y un niño.

La jóven era un modelo de belleza; su hermosa cabellera rubia y sus ojos celestes demostraban su origen germánico.

Mientras comian y nosotros nos disponiamos á hacer otro tanto, dice el testigo á que nos referimos, un inglés de unos treinta años asoma en lo alto del terrado, montado en un borrico y vestido con la casaquilla gris americana y el sombrero catañés, ese tocado tan á la moda en el verano último.

El inglés se apeó de su rústica montura y se puso á buscar con los ojos una mesa adonde pudiera sentarse.

No habia mas que una desocupada, y era un veladorcito colocado precisamente al otro lado del roble, junto al cual estaban la madre y la hija.

El inglés con toda su gravedad británica se dirigió hácia el velador; pero de repente se detuvo y se quedó inmóvil: acababa de ver el rostro hechicero de la jóven alemana.

Su semblante pálido, en el que se veia pintada la expresion de un esplin incurable, se puso encarnado súbitamente; sus ojos y su boca se abrieron desmesuradamente, y toda su actitud manifestaba la admiracion mas viva y mas profunda.

Sin embargo, al cabo de un instante pasado en una contemplacion silenciosa, se dirigió hácia el velador y se sentó á comer.

Desgraciadamente el árbol secular le interceptaba la vista de la jóven, que no habia notado su presencia.

El inglés pidió su comida, pero no podia decidirse á comer; á cada instante retiraba su silla, ora á la derecha, ora á la izquierda, para ver á la jóven que el árbol le ocultaba.

De repente llamó al mozo y le preguntó:

— ¿Cuánto vale ese árbol?

— ¿Cuánto vale ese árbol? repitió el mozo atónito con la pregunta.

— Sí, quiero saber cuánto vale.

— No puedo decirlo... no lo sé...

— Pues pregunta á tu amo.

Algunos instantes despues acudió el fondista, y acercándose á la mesa del inglés, este le repitió la pregunta:

— ¿Cuánto vale ese árbol?

El dueño de la fonda que está acostumbrado á tratar con ingleses, y que por consiguiente sabe contemporizar con sus manías, alzó la cabeza, miró al árbol con atencion como si hubiera querido tasarle rama por rama y acabó por decir:

— Caballero, este árbol vale mucho.

— ¿Cuánto pues?

— Lo menos 150 florines.

— Corriente.

Y el inglés sacó el bolsillo, tomó en él varias monedas de oro, y arrojándolas sobre la mesa, exclamó:

— Yo le compro, he ahí lo que vale. Ahora que vengan hombres para aserrarle al momento.

Las personas que se hallaban en el terrado y que habian oido esta conversacion no pudieron menos de soltar una carcajada unánime.

La madre y la hija tomaron parte en la hilaridad general, aunque demostrando no obstante cierta confusion, pues habian comprendido como todo el mundo que ellas tenian la culpa de aquella decision extravagante.

Por fin el fondista tomó la palabra.

— No se puede hacer lo que Vd. desea, dijo al inglés.

— ¿Y por qué motivo?

— Porque este árbol pertenece al patrimonio gran-ducal.

— ¿Pero no le ha vendido Vd.?

— No, señor; no puedo venderle; ya ve Vd. que no he tomado su dinero.

— Pues yo quiero que Vd. le tome y que ese árbol vaya al suelo al instante.

El árbol no fué aserrado, y como la madre y la hija se levantaran entonces de la mesa, el inglés no insistió mas en su demanda.

Este inglés, como se supo luego, era un jóven lord millonario hastiado de la vida, que habia salido de la Gran Bretaña con ánimo de precipitarse en algun abismo de los Alpes.

Parece ser que aquel amor repentino que se despertó en su corazon le hizo renunciar á su fatal propósito.

Buscó modo de presentarse á la madre de la niña objeto de su pasion, y no se dudaba que la madre aceptaria sus proposiciones matrimoniales.

Tenemos á la vista un libro curioso, el cual contiene una estadística sobre el comercio de flores, tal como se hace en esta capital; este libro es debido á un sabio discípulo del baron Carlos Dupin, que ha tomado esta vez las flores, como otras el carbon, sin mas objeto que el de presentar un total, no por amor á las rosas y á los claveles. Paris, que encierra hoy millon y medio de habitantes, gasta, segun parece, la enorme suma de 12.359,450 fr. en flores todos los años. El hecho es interesante y da materia á un crecido número de observaciones.

Hace treinta años Alfonso Karr consignaba que en el pequeño Paris de entonces habia tres mil jardines en balcones y ventanas, sobre todo en los barrios populares. Todos estos jardines son cultivados y cuidados con un esmero particular por las jóvenes de las casas. Las rosas, los claveles, los jazmines, los tulipanes y los pensamientos aparecen en esos jardines aéreos en el mes de mayo, por poco que ayude el sol; pero no es allí donde la elegancia parisiense va á buscar las flores que brillan en los jarrones de Sevres ó del Japon. El comercio de flores se hace en Paris en tres barrios principales; en el muelle especial junto al Palacio de Justicia, al lado de la iglesia de la Magdalena, y en el boulevard del Temple. Además hay varios mercados secundarios y un número considerable de tiendas donde se venden flores.

En cuanto á las ramilleteras ambulantes su número es infinito. Así que la primera golondrina nos anuncia la primavera, en las tres mil calles de la inmensa capital se oyen los gritos de las vendedoras.

En Paris una ley inflexible tiene proscrita la mendicidad; está rigurosamente prohibido pedir limosna á secas; pero no lo está el valerse para ello de un organillo, flauta ó violín, ó el ofrecer al transeunte un ramito de violetas. Este último recurso es el adoptado generalmente por las mujeres.

Ya que hemos hablado de violetas, apuntaremos que solo el comercio de las violetas se eleva en Paris á un millon de francos anualmente.

Y es de advertir que no comprendemos las violetas que gastan los perfumistas y los herboristas: sino solo las de los ramilletes grandes ó pequeños, mas bien las de los últimos que se dan á un sueldo.

En Paris este modesto ramito de violetas puede ser ofrecido por un elegante á una duquesa, por un artista á una elegante, por un banquero á una niña; se da y se acepta sin significacion alguna.

En cuanto á los grandes ramilletes rodeados con un pliego de papel blanco, estos significan siempre alguna cosa. Se envían á una casa para obtener un buen recibimiento por parte de la señora; se dan en pago de un servicio, de una carta, de una sonrisa; los lleva el convidado que va á comer; se ofrecen invariablemente la víspera de los dias de una persona, etc., etc.

Por lo que toca á los ramilletes de amor, estos se menudean de un modo excesivo. Desde el dia que el novio se compromete, envía á la novia un ramo diario hasta que se realiza el casamiento. Bueno será advertir que en el corazon del invierno, los ramilletes escogidos no cuestan menos de diez á quince francos. La fortuna es que entre los parisienses, los preliminares matrimoniales duran poco.

Paris no se surte de flores únicamente en los huertos de sus cercanías, pues á pesar de que estos son muchos, no podrian dar abasto, y es preciso recurrir á las provincias. Entre las ciudades productoras señalaremos en primera línea Versailles, Angers y Tours; los ferro-carriles permiten á estos centros el hacer envíos de flores y de arbustos á Paris, que llegan á la capital con toda su frescura.

En conclusion, diremos que en Paris el comercio de las flores, tan considerable ya como se ve en estos ligeros apuntes, tiende á aumentarse cada dia, pues no hay casa particular, ni hotel, ni fonda, ni perfumería, ni tienda de lujo, donde no se vean ramilletes de flores.

La tragedia está de enhorabuena; ha aparecido una estrella en su horizonte. Desde la muerte de la Rachel el repertorio de Racine y de Corneille estaba abandonado á los artistas del Conservatorio: de cuando en cuando el Teatro Francés ponía en escena una tragedia para el estreno de alguna jóven artista acabada de salir de las clases, y al dia siguiente se apresuraba á cambiar el espectáculo.

El teatro del Odeon ha sido mas afortunado; noches pasadas se ha estrenado en él Mlle Karoly, y la prensa se ha apresurado á consignar, que aun cuando esta jóven se halla muy lejos de poseer aun las cualidades necesarias para hacer olvidar á la eminente trágica que ha perdido el arte francés, sin embargo, su aparicion ha llamado la atencion del público.

En efecto, Mlle Karoly posee un talento incontestable: tiene energia, seguridad y firmeza en la ejecucion, mucha majestad y mucha armonía; á mayor abundamiento, sus actitudes, naturales todas, son dignas de la estatuaria antigua.

Si no basta todo esto, diremos que además es hermosa; su frente es alta y despejada, su mirada penetrante y viva; es alta y robusta, pero no carece de elegancia; sus ademanes son graciosos; su andar y sus movimientos naturales; por último,

su voz es clara y vibrante, aunque algo gutural; quizá podrá corregir este defecto.

Representa el papel de Camila como Rachel, aunque sin imitarla servilmente; se conoce que la ha estudiado mucho. En las famosas imprecaciones demuestra un vigor admirable.

No sabemos hasta qué punto podrá Mlle Karoly recoger la herencia de Rachel; lo que sí creemos es que con su perfecta diccion animada y armoniosa á la vez, sabrá poner á la moda nuevamente el repertorio clásico que estaba casi olvidado en estos últimos tiempos.

MARIANO URRABIETA

### El Ciprés de la Sultana.

#### EPISODIO DE LA CONQUISTA DE GRANADA.

##### ADVERTENCIA.

El *Ciprés*, llamado de la *Sultana*, ese árbol misterioso que goza una fama en el mundo conocido, se ostenta majestuoso con su esbeltísima figura, su tronco robusto y su tétrico ramaje, como desafiando los tiempos y como mudo testigo de las escenas terribles y maravillosas que agitaron el imperio de los musulimes, en el delicioso jardin de Generalife, no lejos del palacio de la Alhambra de Granada. Los mas distinguidos viajeros de todos los paises lo han contemplado con admiracion y respeto, y han adquirido sus astillas para colocarlas entre las mas preciosas antigüedades; y los literatos y los poetas han empleado sus plumas y los sonos de sus liras en honor de tan dignísimo monumento; y mi débil musa, poseida de la sorpresa universal, ha consagrado las siguientes líneas á la admirable y sorprendente historia de Zoraida y del abencerraje Aben-Hamet; las que ofrece como fruto de su laboriosidad y atencion á las letras, y como justo tributo de admiracion á las tradiciones y recuerdos de aquella época memorable.

En perfumados bosques de verdura  
Y en ráfagas de luz, carmin y oro  
Que el velo esparcen de la noche oscura,  
Generalife ostenta su tesoro:  
Brilla de ilustres damas la hermosura;  
La bandolina, el añafil sonoro,  
Con dulzinas y guzlas concertadas,  
A la zambra convidan acordadas.

De nácar y alabastro entre colores  
Cien lámparas sus rayos esparcian,  
Con sus gratos y puros resplandores,  
Y en lujosos jarrones se veian  
Entre linfas de plata bellas flores  
Que en su eden delicioso se cogian;  
Con mudanzas y vueltas primorosas  
Danzaban las parejas amorosas.

Y el noble rey Boabdil y la sultana  
De su lucido séquito seguidos,  
Animaban la fiesta soberana  
De ricas galas y esplendor vestidos:  
Ella risueña, plácida, lozana,  
Entre insignes magnates escogidos;  
Y Musa y Aliatar, y otros guerreros  
Que aquella union celebran placerosos.

Y Aben-Hamet rendido y amoroso,  
De radiantes preesas adornado,  
En oculto solar espera ansioso,  
Inquieto, conmovido y agitado,  
Que del Mudén (1) el eco religioso  
Convoque á los Muslimes, y alentado  
Piensa en su hurí, que con su amor lo incita,  
Y en el ciprés de Abut Valid (2) lo cita.

Y en esto vió se acercaba  
Con paso tardo y pausado,  
Un hulto que recatado  
Al ciprés se encaminaba.

Crugen sus ropas de seda,  
Y sus pliegues caprichosos  
Cubren sus piés cautelosos  
Donde el céfiro se enreda.

Se extasia en su pasion;  
Ve su ventura cumplida,  
Y á su gacela querida  
Reconoce el corazon.

Bajo aquel árbol de amores  
Ella se sienta postrada,  
Y se reclina embriagada  
Entre lindísimas flores.

Y él audaz y cariñoso  
Corre, llega y desalado,  
Ante Zoraida postrado  
Le dice ledo y gozoso:

«Por fin te ven mis ojos; oh sultana  
Te ven con tu esplendor y tu pureza;

(1) Mudén: santón árabe.

(2) Abut-Valid, uno de los reyes de granada que plantó el ciprés por complacer á una esclava.

Grato soplo de abril, rosa temprana,  
Prodigando tu gracia y tu belleza :  
Mas que el jardín de Hiran, linda, lozana.  
Pues tu candor aumenta tu grandeza :  
Mas que la viva lumbré esplendorosa  
Luce en noche sombría y tenebrosa.

Tú me amas, hur, porque tu mano  
Tiembla y se agita al encontrar la mía;  
Porque tu esbelto talle y soberano  
Al contacto de amor no se desvia;  
Tú eres mi esposa; en tu querer ufano  
Arde mi corazón, y el alma mía  
Se exalta, se sublima y se engrandece,  
Y su existencia al dios de amor le ofrece.

¡Garza real! de un gerifalte fiero  
Entre las corvas garras oprimida;  
Postrada ante su espíritu altanero,  
Sígueme, mi gacela; envanecida  
Te llevará mi alfama al lisonjero,  
Al hermoso pensil donde se anida  
En el vergel de amor, libre, ardoroso,  
De nuestra unión al tálamo precioso.

Nada te faltará; y en tu grandeza  
Chales de cachemir, perlas, diamantes,  
Adornarán tu cuello, y tu cabeza  
Con gasas de Surate, entre brillantes  
Y vistosos plumajes, su pureza  
Mostrará entre sus bellos cambiantes,  
Y nuestro amor cual astro luminoso  
Olvidando á Abdallah, será dichoso.»

Zoraida, mustia, abatida,  
Su letargo deponiendo,  
A Aben-Hamet conteniendo  
Le replicó dolorida :

«No expreses mas tu pasión,  
Pues ya en la fronda se asoma  
Acechando á la paloma  
En cetrería el halcón.

Mal segura tu cabeza  
Sobre tus hombros se mira,  
Y mal segura respira  
Tu hidalguía y tu nobleza.

Viví contenta, felice,  
Sin conocerte ni amarte;  
Mas al verte y admitarte  
Mi dicha y mi bien deshice.

Admiré tu talle hermoso,  
Tu mirar fué mi recreo,  
Mi cumplido devaneo  
Tu semblante cariñoso.

Te vi cual palma ostentosa,  
Gallarda, altiva, arrogante,  
Que se mece rozagante  
En la Arabia calurosa.

Yo alimenté tu pasión,  
Y seguí libre y activa;  
Mas conocí pensativa  
Que ultrajaba á la razón.

Soy la sultana, mujer  
Del que impera en este suelo,  
Y aun en mi ardiente desvelo  
No faltaré á mi deber.

Ama, goza, y en mi estado  
Déjame sufrir mi pena,  
Arrastrando la cadena  
Que mi ventura ha turbado.»

— «Si no me amabas, gacela,  
¿Porqué al ciprés me citastes  
Y en mi pecho alimentastes  
Este amor que me desvela?

Mala suerte me ha cabido,  
Sultana, en haberte amado,  
Y á mi corazón llagado  
Con las flechas de Cupido.

Grazna el cuervo, y con presura  
Su vuelo hácia mí aproxima;  
Mas no tocará á la cima  
De mi querer y ternura.

Guárdete Alá: y si mañana  
Ves pasar rauda y sombría  
Frigida noche que al día  
Le roba su luz temprana,

Será de mi triste suerte  
La negra y trémula sombra,  
¡Luz de mis ojos! que asombra  
Con la imágen de la muerte.»

Dijo: y su turbante hermoso  
Con el albornoz cubierto,  
Se retiraba resuelto  
Por el jardín silencioso.

Y Zoraida tembló: mustia, sombría,  
En su acerbo pesar se acongojaba;  
Y entre lágrimas tristes repetía  
Y con suspiros que su amor lanzaba,

«Que triunfe la razón; y el alma mía  
Resista esta pasión que la humillaba.»  
Y ocultaba su rostro entre sus manos,  
Y cubría sus ojos soberanos.

Y Aben-Hamet al escuchar su lloro  
Presuroso tornó, y arrodillado  
«¡Luz de mis ojos! le dijo, yo te adoro  
Mas que nunca rendido, enamorado :  
Tú eres mi bien, mi dicha, mi tesoro :  
Tú eres mi norte, ¡objeto idolatrado!  
Amame, mi paloma encantadora,  
Mi reina, mi sultana, mi señora.»

— «Aben-Hamet, tus métricos cantares  
Bajo mis ajimeces repetidos,  
Mi constancia turbaron; mis pesares  
Crecieron con tus ecos condolidos;  
Olvidaba las glorias de Comares  
En tu amor divagando mis sentidos;  
Mas un rayo de luz justo y celoso  
Me apartó de un abismo lastimoso.

Y la austera razón, la mancha odiosa  
Que iba á cubrir á mi altanero esposo,  
Y á mi inocente prole y candorosa,  
Me anunciaron un término espantoso :  
Te cité en este sitio, misteriosa,  
Para curar con mi desvío honroso  
Tu amor, que con pesar daré al olvido  
Huyendo de este árbol maldecido.

Mas para calmar mi anhelo  
Déjame de tu querer  
Una prenda, que ha de ser  
Mi ventura, mi consuelo.»

Y el árabe la miraba  
Conmovido, silencioso;  
Y despues yerto, lloroso,  
Rosas blancas arrancaba.

Tejió una corona hermosa  
Y ciñéndola á su frente,  
En su pecho un beso ardiente  
Su boca imprimió ardorosa.

«Toma, mi bien, mi consuelo  
(Le repite), si algun día  
Encuentras mi tumba fria  
En este liviano suelo,

Pon en prueba del dolor  
Con que te oprime mi suerte,  
Sobre mi lecho de muerte  
Hojas secas en tu amor.»

Y en aquel triste momento  
Se vió en la enramada umbrosa,  
Como una sombra espantosa  
Atravesar como el viento (1).

Y separándose en fin  
En tan acerbo destino,  
Por diferente camino  
Entraron en el festín.

Y á aquel ciprés portentoso  
De altura y copa lozana,  
«El Ciprés de la Sultana»  
Le quedó por nombre honroso.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

### La limosna.

A MI QUERIDO AMIGO DON JUAN DE LA ROSA CONZALEZ.

Ayer, cuando la nieve  
En copos muda y lenta descendía  
Flotante al aire leve,  
Dejando la guitarra que tañía,  
Un pobre me tendió la seca mano...  
Y era el pobre también ciego y anciano.

Y un débil niño yerto  
Vi en su regazo; livido capullo,  
Que nunca en el desierto  
De un aura dulce se meció al arrullo;  
Con lloro acerbo sin cesar regado,  
Y mustio al beso de la muerte, helado.

«Señor, — con sordas quejas  
Clamé, la airada vista en las alturas, —  
¿Será verdad que dejas  
Sin tu amor á estas flacas criaturas,  
Tú, que su duelo y su miseria sabes,  
Que sustentas las flores y las aves?»

El anciano tañendo  
Segunda vez, las desacordes notas  
Sobre mi corazón iban cayendo  
Como trémulas gotas;

(1) La sombra fué la del mismo rey Boabdil, conducido á aquel sitio por los enemigos de la sultana.

Y mas que vagos sonos, eran ellas  
Suspiros y sollozos y querellas.

No sé qué misterioso  
Espíritu sublime arrancar pudo,  
Qué genio milagroso  
Tierno lenguaje al instrumento rudo,  
Que allá en su fondo, un alma desterrada  
Parecía dormir desesperada.

A su triste armonía,  
A ese rocío de dolor, sediento  
Mi corazón se abría,  
Despertándose al par el sentimiento :  
Así el agua de mayo el campo inunda  
Y los dormidos gérmenes fecunda.

¡Oh sábia Providencia!  
Si á un mísero mortal penas le diste,  
Con pródiga clemencia  
A santa compasión otros moviste,  
Porque el hombre dichoso ame al que llora,  
Y se cumpla tu ley consoladora.

¡Señor, yo te bendigo!  
En caridad por tí mi alma se abrasa;  
Dejando yo al mendigo  
De mi menguado bien limosna escasa,  
De sus ojos inmóviles, sin vida,  
La engrandeció una lágrima caída.

Y con gozoso pecho  
Proseguí mi camino triunfante,  
Altivo, satisfecho;  
Y hubiérame envidiado en ese instante  
La no sabida paz que en mí se encierra  
El monarca mas grande de la tierra.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

### ¿La conocéis?

En el blanco cendal de la alborada  
En el ardiente sol del Mediodía,  
En el aire que mueve la enramada,  
En el cielo la ve mi fantasía.

Nunca á mis ojos su hermosura esconde,  
Nunca en mi oído se apagó su acento :  
En los rugidos de la mar responde,  
Habla en el vago susurrar del viento.

¡Amor inspira y en amores arde,  
Emanación de un astro refulgente  
Que flota sobre el aura de la tarde  
Y brilla entre la espuma del torrente!

La quiero, porque es mía desde niño;  
Yo la dí su pureza y su hermosura :  
Es el centro de todo mi cariño,  
Es el foco de toda mi ventura.

¿La conocéis? Su patria es mi cabeza,  
Es hija de mi triste pensamiento;  
Por eso está pintada en su belleza  
Esta amargura en que morir me siento.

¡Ay! ¿Quién será, que á mi pesar la veo?  
¿Y porqué entre sus ojos y los míos  
El eléctrico fuego del deseo  
Comunica los dulces desvaríos?

¡Tal vez mitad de un alma dividida,  
Un espíritu mismo nos sostiene;  
Y así su vida alienta de mi vida,  
Y del propio delirio se mantiene!

¿La conocéis? A sus caprichos ata  
Mi juventud, tan rica en ilusiones...  
¡Ay, ese amor que me consuela y mata,  
Es la Musa que inspira mis canciones!

LUIS RIVERA.

### La China.

LAS MISIONES RUSAS EN CHINA. — CURIOSAS NOTICIAS  
SOBRE EL EJÉRCITO CHINO.

La misión rusa de Pekin, que es puramente religiosa, se estableció con el consentimiento del emperador de la China, despues de una guerra entre los dos países, durante la cual se hallaron trasportadas á Pekin todas las familias cosacas que habia en el fuerte de Al-bazin, situado en las orillas del Amur. El emperador de la China habia formado con estos cosacos una especie de guardia de corps que le ofrecia una gran seguridad; pero en el momento en que se firmó la paz entre los dos Estados, tuvo que permitir que se establecieran en Pekin dos conventos rusos con sacerdotes del rito grie-



UN CHINO CON SU HIJO

go, encargados de perpetuar el ejercicio de la religion cristiana entre los descendientes de los cosacos del fuerte de Albazin, que han conservado hasta el dia el nombre de albazianos, aunque hayan perdido enteramente el tipo ruso y se hayan convertido en verdaderos chinos por sus hábitos y fisonomias. Las dos iglesias subsisten todavia en Pekin; la una al Norte, antiguo templo budista, se halla en medio de las habitaciones de los albazianos; de ese sitio se ha tomado la vista de la torre de Pekin, situada en el ángulo noroeste de la ciudad; la otra iglesia está en el centro mas animado de la ciudad, cerca del palacio imperial; es un antiguo palacio chino que han arreglado un poco los misioneros chinos. La iglesia es hermosa; está bien edificada y tiene una cruz que deja en el alma una impresion profunda, cuando se piensa en ese emblema enarbolado así en medio del Celeste imperio.

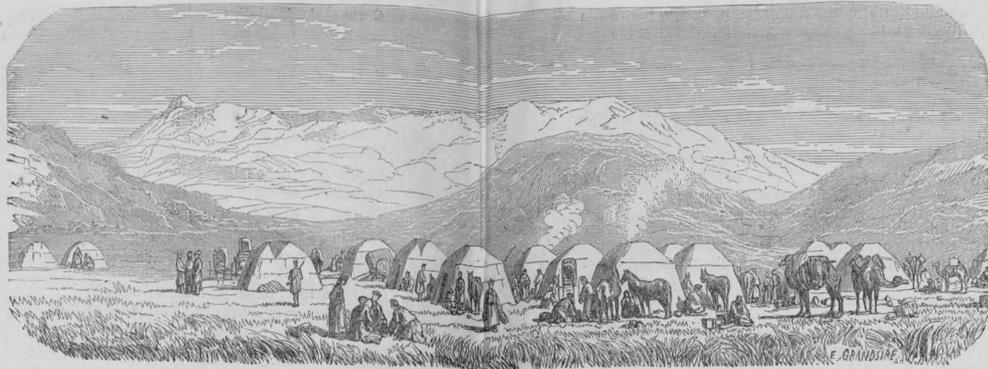


UNA JÓVEN CHINA.

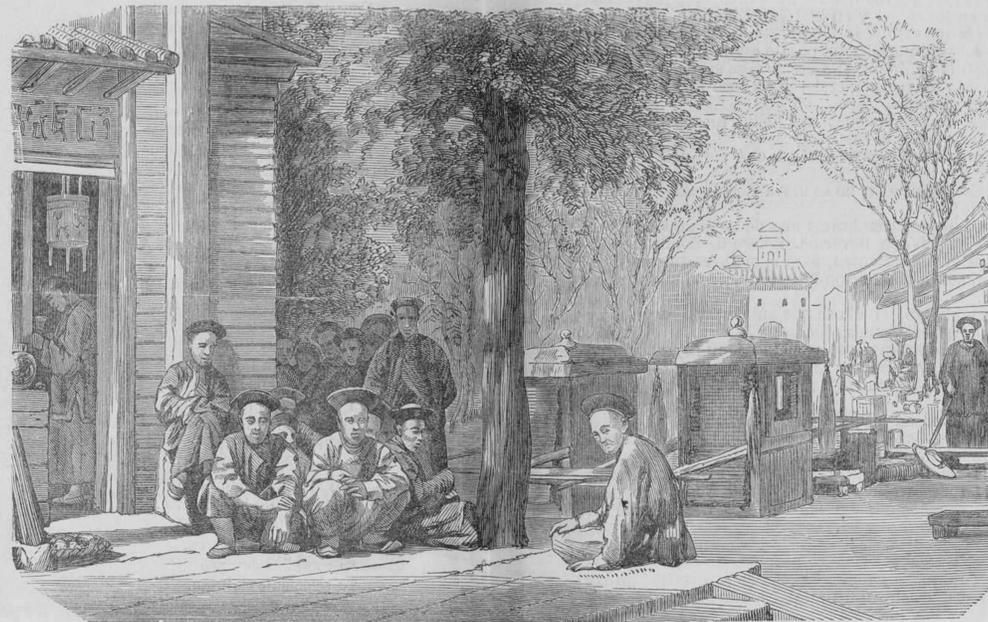
mandrita, jefe del convento, de tres sacerdotes, de un astrónomo cuyo observatorio está practicado en el convento del Norte, de un médico y de tres jóvenes que estudian las lenguas del país: este personal se renueva cada diez años. La mision, para llegar de San Petersburgo á Pekin, atraviesa el Ural y toda ...



EL CEPO.



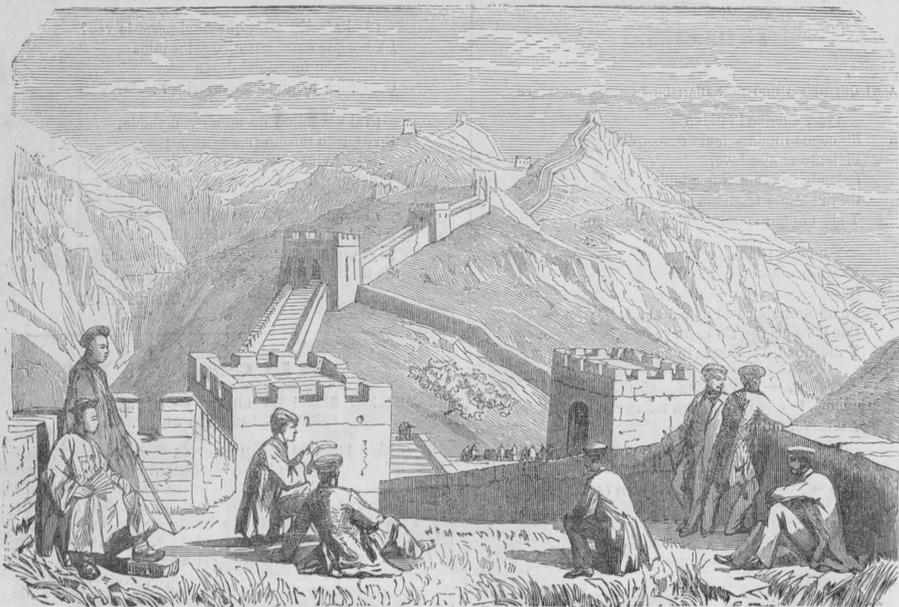
CAMPAMENTO DE LA MISION RUSA.



CHINOS QUE LLEVAN LOS PALANQUINES.



PERSONAL DE LA MISION RUSA DE PEKIN.



LA GRANDE MURALLA DE LA CHINA.

Siberia, á fin de pasar á Kiakta, ciudad fronteriza, depósito de todo el comercio del té. Ese viaje se hace en posta, en carros que se cambian en cada relevo, y por malos caminos que casi están impracticables en la primavera y en el otoño. La distancia, que es de unas 4,700 leguas, se atraviesa sin embargo por los correos en diez y ocho dias. De Kiakta á Pekin existe tambien un servicio de posta hecho por los mogoles; los viajeros no tienen mas vehiculos que unos carricoches de dos ruedas guiados por postillones que caminan con una celeridad extraordinaria. En cuanto á los bagajes, se trasportan en camellos que se cambian tambien en cada relevo. La caravana de que formaba parte el autor de los curiosos dibujos que publicamos, se componia de ciento veinte caballos y de noventa camellos, cuyo alimento estaba asegurado por la gran abundancia de yerba que se halla en el desierto de Gobi, que ha y que atravesar y que se extiende hasta la gran muralla. La distan-



MUJERES CHINAS.



UNA JÓVEN CHINA.



CARRERON CHINO.

cia entre Kiakta y Pekin es de 400 leguas, que se atraviesan en veinte dias, descansando por las noches en los yurts, tiendas de fieltro de los mogoles. Los correos rusos tardan de Pekin á San Petersburgo cuarenta y un dias, deteniéndose uno ó dos en la frontera.

Pekin ofrece una gran decepcion al viajero



LA TORRE DE PEKIN.

que le visita. Su posición en una gran llanura y las murallas que le cercan, no permiten que se distinga la ciudad sino cuando se han pasado las puertas. Entonces en lugar de las maravillas que se esperan, se entra prosáicamente en una calle muy ancha, pero llena de basura; un polvo negro y pestífero sofoca al viajero; se distinguen hasta lo infinito chozas bajas y ruinosas. En los primeros instantes cree uno que está en un arrabal, pero al fin cuando se han recorrido dos leguas en línea recta, se nota que no hay cambio ninguno. Los únicos objetos dignos de señalarse son las murallas citadas ya y algunos monumentos. No hay otra agua que la que traen de manantiales vecinos.

Los rusos hallan una gran libertad de acción en las calles de Pekín; pueden recorrer la ciudad en todos sentidos sin la menor dificultad, entrar en todas las tiendas y circular por todas partes sin el menor peligro. Su único tropiezo es el hallar á cada paso una enorme cantidad de pobres que se pudren literalmente en las calles, sin que les den ninguno de los socorros que sin embargo ha organizado el gobierno chino con mucha generosidad para ayudar á esa infortunada población, socorros que van á parar al bolsillo de los encargados de repartirlos. El individuo representado en uno de nuestros dibujos, que sufre el castigo del cepo, es un oficial de policía del barrio de la misión rusa, que imponía á los mercaderes una contribución muy elevada, y que acabó por alejarlos á todos. — Ese estado de cosas no cambió sino cuando aquel funcionario estuvo expuesto á la puerta de la misión por espacio de mas de ocho días, teniendo en la garganta el madero donde estaban escritos los motivos de su condena.

Entrando ahora en los asuntos de actualidad, diremos que las últimas noticias recibidas de China anuncian que los soldados chinos se alaban de que ninguno de los diablos rojos y azules, — franceses é ingleses, — volverá á Europa.

Cada gallo canta en su gallinero, y los chinos tienen privilegio para decir dentro de casa cuantas fanfarroñadas se les antoje. Con respecto al valor de estas se puede formar una idea aproximada, leyendo una obrita muy curiosa que acaba de publicarse sobre la organización militar del ejército chino, y de la cual vamos á extractar los párrafos mas interesantes.

Todas las fuerzas de mar y tierra del Celeste imperio se dividen en dos grandes secciones, que son:

Primera: las tropas de las ocho banderas, compuestas de tártaros, manchoux, mongoles y Kan-kiun, ó chinos pertenecientes á la dinastía tártara.

Segunda: las tropas de la bandera verde, *lou-ying*, que á excepción de algunos oficiales superiores, están enteramente compuestas de chinos.

Además de estos dos ejércitos hay en cada distrito una fuerza instituida para velar por la seguridad general, mantener la obediencia y conservar el orden y la paz. Esta fuerza armada se llama *hou-wei-kiun* ó guardia municipal. En tiempo de guerra cada distrito da cierto número de *y-yong* ó voluntarios, los cuales forman el cuerpo de *y-kiun*. Estos soldados se apellidan *los valientes*, no por su valor personal, sino por dos caracteres chinos bordados en su uniforme, que expresan esa cualidad.

Las tropas de las ocho banderas y los *lou ying* forman un efectivo de 900.000 hombres, sin contar con los militares feudatarios esparcidos en las dos Mangollas y el Tíbet. Este número nada tiene de exagerado si se atiende á la inmensa extensión de su imperio y á su extraordinaria población.

Todas esas tropas son muy poco militares y muy irregulares, pues en China, propiamente hablando, no hay mas cuerpo militar regular que la guardia imperial manchou y mongola.

El espíritu de división infinita ó mas bien de categorías y jerarquías, de distinciones y grados, ha hecho que se den diez y ocho designaciones particulares á las clases superiores é inferiores de los nueve rangos. Hé aquí su enumeración.

1. Kouan-lou-ta-fou; excelencia de brillante renombre.
2. Yon-lou-ta-fou; excelencia de glorioso renombre.
3. Tsen tching-ta-fou; excelencia de administración meritoria.
4. Tchong-fong ta-fou; excelencia que en todas partes debe recibirse con respeto.
5. Tchong-y-ta-fou; excelencia de universal consideración.
6. Tchong-hien-ta-fou; excelencia que goza de mediana consideración.
7. Tchong-tching-ta-fou; excelencia de modelo mediano.
8. Tchao-y-ta-fou; excelencia considerada en la corte.
9. Fong-tching-ta-fou; excelencia cuya administración inspira respeto.
10. Fong-tchi-ta-fou; excelencia cuya rectitud tiene derecho al respeto.
11. Tching-to-lang; honorable en virtud asistente.
12. Pou-ting-lang; honorable de la clase letrada, y Pou-to-lang; honorable de virtud conveniente.
13. Wen-lin-lang; honorable de la clase instruida; é I-i-lang; honorable de consideración conveniente.
14. Tchong-sse-lang; honorable que llena sus funciones de un modo conveniente.
15. Sieou-tchi lang; honorable que se ocupa cuidadosamente de su mandarato.
16. Sieou-tchi-iso lang; honorable en segundo grado del anterior.
17. Teng-see-lang; honorable susceptible de ascender en graduación.

18. Teng-see-tso-lang; honorable en segundo grado del anterior.

Todas estas sutilidades indican por cierto un espíritu poco militar. Veamos ahora algunos pormenores acerca de los ejercicios.

Los chinos se ejercitan mas bien para volatineros y saltimbanquis que para soldados. Seis veces al mes tienen ejercicios en la escala de asalto y cada vez hacen tres disparos con el arcabuz de mecha. Seis veces al mes luchan á caballo, y como jinetes adquieren una agilidad maravillosa, llegando á cambiar de montura á todo galope; en estos ejercicios hacen tres disparos con el arcabuz de mecha, disparan tres flechas, y fingen el ataque y defensa con un sable ó un látigo de hierro. Seis veces al mes se ejercitan en el manejo del arco á caballo y á pié. Dos veces al año y durante doce días seguidos se ejercitan en tirar al blanco con el arcabuz de mecha; cada hombre hace cinco disparos diarios, y es recompensado ó castigado segun el buen ó mal resultado que obtiene.

La artillería chinesca es un accesorio de lujo que siempre y en todos casos les ha servido de estorbo, con lo cual no se la puede achacar que no sirve para nada.

El código penal militar tiene la gran ventaja de ser tan corto como claro, por lo cual lo reproduciremos íntegro.

Artículo 1º Todo militar que en una acción no avance cuando suene el tambor ó el gong, será decapitado.

Art. 2º Todo militar que en un movimiento ganando terreno se quede rezagado ó murmure en las filas, será decapitado.

Art. 3º Todo militar que en una acción rehuse obedecer la orden de redoblar ó cesar el redoble de tambor ó de gong, será decapitado.

Art. 4º Todo militar que habiendo sido encargado por el general de transmitir una orden secreta, se atreva á aumentar ó disminuir su contenido, ó transmitir una orden que no haya recibido, será decapitado.

Art. 5º Todo militar que habiendo recibido una orden secreta, comprometa una empresa por divulgarla, será decapitado.

Art. 6º Todo militar, oficial ó soldado, que mate un súbdito del Estado y despues de este crimen le acuse de traición, será decapitado.

Art. 7º Todo militar que se apropie el mérito de otro, invente historias sobre grandes hechos falsos, ó exagere los servicios que haya prestado durante la campaña, será decapitado.

Art. 8º Todo militar que en campaña ó en marcha oprima á la población indígena ó extranjera; la obligue á vender ó comprar lo que no quiera, cause graves daños á su propiedad ó viole á las mujeres, será decapitado.

Art. 9º Todo militar que asuste á sus camaradas con cuentos sobre espíritus y demonios, será decapitado.

Art. 10º Todo militar que en campaña se finja enfermo, será decapitado. — Pero si estuviese realmente enfermo y no hubiese sido examinado por el médico del cuerpo y no se hubiese dado parte al oficial comandante, los sargentos de la compañía del enfermo recibirán de 40 á 50 palos, y á los cabos se les atravesará las orejas con una flecha.

Art. 11º Todo militar que ande al rededor del cuartel general con objeto de escuchar las conferencias secretas del general, será decapitado.

Art. 12º Todo militar que enviado de descubierta tenga miedo, y por un informe falso haga abortar una empresa, será decapitado.

Art. 13º Todo militar que mate un caballo extraviado con objeto de *comérselo* ó de venderlo, será decapitado.

El sistema de recompensas no es menos extraño y extravagante que el de castigos.

Un oficial ó soldado de las banderas puede recibir 50 taels—pfs. 75, por una herida de primer orden, ó 40 taels, pfs. 60 si la herida es de bala perdida; los *lou-ying* reciben 30 taels. Los marinos que se salvan de un naufragio reciben honores, pero nunca dinero. — Todo año de campaña se cuenta por dos años de servicio. Las acciones de valor é intrepidez se recompensan con ascensos, y en el informe de las propuestas se pone; — el bisabuelo del solicitante recibió tantas heridas en tal guerra; su abuelo murió en tal acción; su padre ó su hermano se distinguieron en tales combates; — pero tambien se ponen todas las faltas voluntarias é involuntarias que han cometido.

Terminaremos este resumen manifestando que la inferioridad de los chinos es un hecho comprobado. Y no es porque carezcan de valor, pero su valor es puramente pasivo y carecen de esa energía militar, de esa impetuosidad en el ataque, de esa prontitud en el golpe de vista, de esa espontaneidad de acción que distinguen al verdadero soldado. Saben sufrir y morir sin murmurar, pero no saben batirse. En apoyo de esto citaremos solo dos ejemplos. Un chino, herido en la pierna derecha, fué hecho prisionero y conducido al hospital de sangre. La herida era de tal gravedad que fué preciso hacer la amputación. El paciente sufrió la operación con calma estoica, y terminada alargó la otra pierna, creyendo que ese era un suplicio que los bárbaros, como ellos llaman á los extranjeros, reservaban á los prisioneros de guerra. Otro chino prisionero se arrojó en un pilón lleno de agua y tuvo la increíble energía de estar quieto hasta que se ahogó.

Los chinos no se apuran por el *quizá*: positivistas ante todo, solo se apasionan heroicamente del dinero. Despues de la última tentativa de los rebeldes sobre Canton, un chino consintió en *lucrar* el papel de un

jefe, sabiendo que le descuartizarían, y solo porque la suma que le prometieron era bastante considerable.

## UNA HISTORIA INGLESA.

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

— Animo, Phineas: cerca de aquí hallaremos un gran monton de paja, donde podreis descansar un rato; una hora mas ó menos nada importa; llegaremos á vuestra casa al amanecer.

Yo respondí apenas; me parecia que nunca llegaríamos. Me arrastré durante un momento, ó mejor dicho, John me arrastró; luego las estrellas, los campos, los prados, el camino, se confundieron á mi vista y desaparecieron; perdí el conocimiento.

Cuando volví en mí, me encontré tendido á la orilla de un arroyuelo junto á la carretera y con la cabeza apoyada en las rodillas de mi amigo, que me echaba agua en las sienes y en la frente: yo no le podia ver, pero oía sus gemidos.

— John, tranquilízate, pronto estaré mejor.

— ¡Oh! ¡Phineas! ¡He creído que estáis muerto! No dijo mas; pero creí ver algunas lágrimas rodar por sus mejillas.

Traté de levantarme: una débil luz comenzaba á despuntar hácia el Este.

— ¡Cómo! ¡Ya es de día! ¿A qué distancia estamos de Norton-Bury?

— Estamos cerca; no os movais, os llevaré.

— Imposible.

— Os he traído en brazos mas de media milla.

Y se empeñó en llevarme. Ignoro de dónde sacó las fuerzas que le sostenian, pero lo cierto es que me llevó en brazos hasta Norton-Bury, descansando algunas veces.

Sin embargo, el día se adelantaba; y era ya muy claro cuando llegamos rendidos á la casa de mi padre.

— ¡Alabado sea Dios! exclamó John dejándome en el peristilo, ya estais en casa.

— ¿Y tú no entras? ¿No querrás abandonarme ahora?

Reflexionó un instante y respondió:

— No os abandonaré.

Alzamos hácia la casa una mirada inquieta; me parecia que nadie nos esperaba; las ventanas estaban cerradas. Todo parecia sumergido en el silencio del descanso. El golpe que dió John á la puerta se quedó un buen rato sin respuesta.

Yo estaba demasiado cansado para sentir nada vivamente; pero aquellos cinco minutos de espera me parecieron un siglo; no habria podido soportarlos sin las palabras que John murmuraba á mi oído para alentararme.

— Animo, Phineas, yo cargaré con todo. En suma, no hemos cometido un crimen, y bien caro hemos pagado nuestra locura.

Mi padre abrió al fin la puerta. Estaba vestido como de costumbre, y en su semblante no se veía pintada ninguna emoción. ¿Había velado toda la noche? ¿Había estado demasiado inquieto? Nunca lo he sabido.

No pronunció una sola palabra; nos hizo entrar y luego cerró la puerta.

Al punto comprendimos que lo sabia todo. No nos engañábamos: un vecino que habia llegado de Coltham en carruaje, habia dicho á mi padre donde estaba yo, en el teatro, — en el último lugar donde debia ser visto el hijo de un cuáquero.

Comprendimos igualmente que mi padre abrió las ventanas no para saber la verdad, sino para poner en evidencia mi confusión. Luego se volvió hácia mí y me dijo:

— Phineas, ¿dónde has estado?

John respondió por mí:

— En el teatro, en Coltham; yo tengo la culpa; Phineas no ha hecho mas que acceder á mi deseo.

— ¿Y porqué deseabas ir?

¿Porqué? la respuesta era difícil.

— ¡Oh! M. Fletcher, ¿no habeis sido jóvenes como yo?

Mi padre no respondió; John recobró ánimo.

— Yo tengo la culpa, repito; quizá he hecho mal, ahora lo veo, pero ¡la tentación era tan fuerte!... Mi vida es tan monótona, que á veces puedo desear algun cambio, alguna distracción.

— Se cumplirá tu deseo.

Aquella voz tranquila y lenta nos dejó petrificados.

— ¿Cuánto tiempo has gastado en combinar ese plan?

— Ni un día ni una hora; ha sido un capricho repentino.

Mi padre meneó la cabeza con aire incrédulo y despreciativo.

— M. Abel Fletcher, ¿os he mentado jamás? Si no me creéis, creed á vuestro hijo. Preguntad á Phineas.... ¡Oh! no; no le preguntéis nada; exclamó corriendo al sofá en donde yo me habia dejado caer. ¡Phineas, muy cruel he sido con vos!

Quise sonreír porque no podia hablar; pero mi padre le rechazó.

— Yo basto para cuidar á mi hijo. Ya no le llevarás al mal... anda, ¡bien me has engañado!

Si mi padre se hubiese entregado á una cólera violenta, si nos hubiese reñido fuertemente, empleando

odas las expresiones ofensivas de los hombres de mundo, lo habíamos soportado con valor; pero aquel tranfido « ¡Anda, bien me has engañado! » era peor mil veces.

John clavó en él una mirada suplicante.

— Te repito que me has engañado; me habías parecido un joven según mis deseos: tenía en tí la mayor confianza... por dar gusto á mi hijo, quería asociarte á i comercio... pero ahora...

Hubo una pausa: John dijo al fin con acento ahogado:

— Merezo lo que me sucede; quizá podré ganar la vida en otra parte... ¿Debo partir?

Abel Fletcher vaciló un instante, miró al pobre joven que estaba de pie delante de él, y luego respondió:

— No es eso lo que quiero, al menos por ahora.

Yo lancé un grito de alegría: John se llegó á mí y se estrechó la mano.

— John, ¿no te marcharás?

— No; me quedaré para rehabilitarme á los ojos de nuestro padre; no tengais cuidado, no os dejaré...

— Debes dejarle, interrumpió Abel Fletcher.

— Pero...

— Ya lo he dicho, Phineas; no le acuso ni de un crimen, ni de una falta de probidad, sino de haber cedido cobardemente á las tentaciones del mundo, y de haberse arrastrado á ceder mediante su ejemplo. Por eso le conservaré como dependiente; pero como compañero de mi hijo, ¡nunca!

Comprendimos que este « nunca » era irrevocable, y sin embargo, en mi desesperación traté de luchar contra esta sentencia... pero fué inútil.

John guardaba silencio.

— Tranquilizaos, Phineas, me dijo al fin en voz baja; vuestro padre tiene razón, al menos según su punto de vista. Dejádme partir... quizá volveré un día, sino...

Pero yo murmuraba palabras amargas, y apenas sabía lo que decía.

Mi padre sin hacer caso llamó á Jael.

Antes de que llegara, tuve yo la fuerza suficiente para despedirme de John.

— ¡Adios! ¡Adios! No me olvidéis.

— No, jamás, exclamó; y si vivo, volveremos á ser amigos. ¡Adios, Phineas!

Y salió.

Cumplió su promesa y permaneció en la tenería; pero desde entonces, aunque de tiempo en tiempo oía hablar de él, pasé dos años sin ver una sola vez á John Halifax.

## VII.

Era el año de 1800, conocido durante largo tiempo en Inglaterra con el nombre de *the dear year* (el año caro). La generación actual no puede formarse una idea de aquella época terrible en que la guerra, el hambre y los motines se dieron la mano, sin que ninguna fuerza pudiera contener las desgracias.

La injusticia y la arbitrariedad habían abierto un abismo entre la clase alta y la clase pobre. Los ricos oprimían á los pobres, y los pobres aborrecían á los ricos, aunque se inclinaban delante de ellos servilmente. Ni los unos ni los otros tenían bastante religión para borrar valerosamente la línea de demarcación, y probar estos que eran hombres, y aquellos que conocían los deberes que les imponían su nacimiento y su superioridad intelectual.

Estos tumultos que reinaban por todas partes, no tardaron en hacerse sentir en nuestro pueblecillo de Norton-Bury. En cuanto á mí personalmente, me hacían poco daño, ó al menos parecían errar como pájaros maléficis en torno de la casa paterna, donde yo celebraba consejo con mi compañera ordinaria, la paciencia; pero estos dos últimos años habían sido terribles para mí.

Aunque mis padecimientos físicos fuesen tales que en general se abstuvieran de hablarme de los negocios de este mundo, yo tenía sin embargo como una secreta intuición de que las cosas iban mal dentro y fuera de la casa. Jael se quejaba en voz baja de los recursos limitados de que disponía, ó se lisonjaba orgullosamente de su talento en saber hacer mucho casi con nada. La frente de mi padre se oscurecía cada vez mas, tanto que yo no me atrevía á decir una palabra que tuviera relación con la idea fija de mi existencia: el regreso de John Halifax.

John continuaba de dependiente de mi padre, y aun recelaba yo que llenaba en la casa un empleo mas importante, pues había oído hablar de sus largos viajes por Inglaterra para comprar trigo.

Abel Fletcher había añadido á su industria la explotación del molino que tenía al lado, cuyo ruido monótono nos era tan familiar á John y á mí en nuestra niñez.

Pero mi padre no hablaba nunca de estos viajes, y rara vez pronunciaba el nombre de John; podía emplearle y hasta prodigarle su confianza comercial; en cuanto á lo demás era inexorable.

Y John no lo era menos; no podía admitir el tener relaciones clandestinas, ni aun en beneficio mio. Yo sabía que no atravesaría jamás el umbral de la casa de mi padre antes de poderlo hacer abierta y noblemente. No me había escrito mas que dos veces, con motivo de mi cumpleaños: mi padre me había entregado silenciosamente sus cartas no cerradas, en las que me expresaba lo que yo sabía, que conservaba y conser-

varia siempre el primer lugar en su corazón. Nada mas que eso.

Observé tambien que un muchacho que desempeñaba las tristes funciones del pobre Bill, se había introducido en la casa de un modo ú otro en calidad de mensajero.

Mas tarde supe que se llamaba Jem y que era hijo de Sally Watkins. Era un mozo muy despierto y entendido, decía Jael, cuyos favores había sabido granjearse.

Cuando le encontraba yo en la casa ó en el jardín, se convertía en el page mas cuidadoso que puede tener un enfermo; salía al encuentro de todos mis deseos, y me servía con un celo que entonces no me explicaba yo; despues comprendí el misterio.

El verano estaba adelantado. Jael solía decirme á la vuelta de sus paseos que los trigos prometían una triste cosecha.

Y luego echaba una mirada de reojo á nuestro molino, cuya rueda permanecía tan inmóvil como el domingo algunos dias de la semana; pues esperando una cosecha que podía ser peor que la del año último, mi padre juzgaba prudente tener su trigo encerrado; pero Jael meneaba la cabeza con un aire discreto.

Un dia de mercado llegó muy agitada, diciendo que se habían reunido muchos hombres en torno del molino, los cuales no se habían retirado sino cuando les habló John Halifax.

Desde aquel dia ya no me permitió que fuera á pasearme bajo los árboles del patio de la abadía; apenas consentía en que me sentara junto á la pared del jardín, punto que me gustaba porque de allí contemplaba el curso tranquilo del Avon.

Un domingo, era el 1º de agosto, mi padre había vuelto mucho mas tarde que de costumbre de su asamblea de los Amigos, pues aquel dia era el aniversario de su casamiento, y había ido, según su costumbre, como me dijo Jael, al campo santo de los cuákeros, donde mi pobre madre yacía lejos de todos los míos.

Aquel domingo comencé á ver claramente que iban muy mal las cosas. Abel Fletcher se sentó á la mesa con aquel semblante triste de que he hablado ya, y que entristecían mas aun las arrugas que había trazado en él el dolor físico; pues á pesar de su sobriedad no había podido libertarse de su enemigo hereditario, la gota, y había padecido mucho en la última semana.

Llegó el doctor Jessop, y yo me aproveché de su llegada para irme á sentar en mi puesto favorito en el jardín. Me puse á mirar como de costumbre las praderas y los campos que se extendían mas allá del Avon, y noté que el trigo á medio granar había sido cortado, y estaba reunido en pequeños montones dispersos aquí y allá en los campos.

Cuando se fué el doctor, mi padre me llamó y mandó á todos los criados de su casa que fueran á su lado.

Jem se deslizó humildemente detrás de Jael.

Era evidente que mi padre tenía algo de inusitado, pues su pipa apagada estaba sobre la mesa, y el vaso de cerveza que tomaba siempre despues de comer se había quedado intacto.

Primero se dirigió á Jael y la dijo:

— ¿Eres tú quien ha hecho hoy la comida?

— Sí, señor.

— Pues no quiero mas comidas así en lo sucesivo: nada de pasteles; pan de trigo, y no mas de lo justo. Nuestros vecinos no dirán que Abel Fletcher tiene harina en abundancia en su molino y en su casa, en tanto que el hambre reina en el país; ten cuidado, Jael.

— Ya lo tengo, respondió Jael con resolución. No puedes decir que prodigo nada de lo que te pertenece; y por mi parte, ¿no tengo compasión del pobre? El domingo pasado una mujer me echó en cara que yo gastaba buena harina en almidon; hoy mira lo que hago.

Y alzando la cabeza mostró con aire imperioso su cuello que ordinariamente estaba muy almidonado, y que era entonces una muselina amarillenta y ajada. ¡Pobre Jael! Yo sabía cuánto había debido costarle este sacrificio, y sin embargo no pude menos de sonreirme; mi padre tampoco resistió á la tentación.

— ¿Te burlas de mí, Abel Fletcher? exclamó encolerizado. No prediques á los otros en tanto que el pecado está sobre tí.

Estoy bien seguro de que la pobre Jael no quería chancearse cuando se adelantó gravemente hacia mi padre señalando con el dedo su cabeza calva donde apenas se distinguía un polvillo blanco.

Abel Fletcher sostuvo el asalto con firmeza, y se contentó con decir:

— Mujer, calla.

— No, exclamó Jael, en tanto que el pobre pueblo padezca por el hambre en Norton-Bury, y en tanto que los ricos se nieguen á vender el trigo á un precio justo, ten cuidado contigo Abel Fletcher.

Mi pobre padre pareció que sentía de repente un dolor agudo; ¿se debe atribuir á su gota, ó á su conciencia?

Jael dió punto á su ataque, despidió á los demás criados, y prodigó á su amo las atenciones acostumbradas.

En sus accesos de gota mi padre, al revés de los demás hombres, era un enfermo muy fácil de cuidar. Aquel acceso fué largo y doloroso; cuando al fin se vió un poco aliviado, nos encontramos él y yo sentados solos en el gran salon bajo.

— Phineas, me dijo, la tenería va mal desde hace algun tiempo; yo me había prometido que el molino repararía todo eso, pero me he engañado. ¿Sentirías mucho, hijo mio, quedarte algo mas pobre á mi muerte?

— ¡Padre mio!

— Pues bien, dentro de algunos dias comenzaré á vender mi trigo como ese joven me lo aconseja hace algunas semanas. Es un muchacho entendido y yo me hago viejo; quizá tiene razón.

— ¿De quién habláis, padre mio? pregunté yo con hipocresía.

— Ya lo sabes, de John Halifax.

Juzgué prudente no añadir nada, pero me prometí no dejar escapar la ocasión de contribuir á los proyectos de mi padre que eran tambien los míos.

A la otra mañana se fué como de costumbre á la tenería. Yo pasé aquella mañana en mi cuarto que daba al jardín: no veía mas que los árboles cuyas ramas se movían, ó los pájaros que saltaban sobre la yerba; no oía mas que las campanas de la abadía, é ignoraba lo que pasaba en el mundo, en el pueblo y aun en la calle vecina.

A la hora de costumbre bajé al comedor y esperé á mi padre una, dos y tres horas. ¡Cosa extraña! Nunca faltaba sin prevenirnos. Despues de vacilar un rato cedí á las instancias de Jael que andaba por la casa muy inquieta, y me resolví á enviar á Jem Watkins á la tenería para que se informara dónde estaba su amo.

Jem volvió con malas noticias. La callejuela que conducía á la tenería estaba invadida por una muchedumbre furiosa. La paciencia de los pobres de Norton-Bury se había acabado; seguían el ejemplo de otros; el precio excesivo del pan había promovido un motin.

Solo Dios conoce el horror de aquellos movimientos populares cuando los hombres exasperados se sublevaban, no por satisfacer un patriotismo ciego y sanginario, sino para procurar pan á sus mujeres y á sus hijos. Solo Dios sabe lo que pasaba en el fondo del corazón de aquellos desgraciados que designaban con el nombre de *populacho*, cuando cada uno de ellos tomaba las armas diciéndose que debía optar entre morir de hambre ó ser ahorcado.

Sin embargo, el alzamiento no era general en Norton-Bury, pues aquel pobre pueblo se hallaba agobiado casi siempre por las calenturas y las viruelas. Jem nos dijo que el desorden no pasaba del molino y de la tenería.

— ¿Y dónde está mi padre?

Jem no lo sabía y parecía que nada le importaba.

— Jem, es preciso ir á buscar á mi padre.

— Iré yo, respondió Jael poniéndose la capa.

Yo la seguí á pesar de que ella no quería.

La tenería estaba desierta; una parte de la muchedumbre había ido al molino, y la otra se había dirigido á otro molino situado mas abajo en el río. Yo pregunté á una pobre mujer que estaba temblando, si sabía dónde se hallaba mi padre, y me respondió que creía había salido en busca de la policía.

— Pero M. Halifax está en el molino, añadió: pienso que no le sucederá nada malo á M. Halifax.

A pesar de mi inquietud, experimenté un secreto sentimiento de placer. Yo no había estado en la tenería hacia acerca de tres años; ignoraba que á John le tratasen ya con tanto respeto.

No tenía mas que hacer que esperar la vuelta de mi padre; que no había de tener la imprudencia de ir al molino... ¡y John estaba allí!... Mi corazón se desolaba, pero mi deber era esperar á mi padre.

Jael se sentó, y de tiempo en tiempo se levantaba y daba algunos pasos con mucha inquietud. Yo me fui á lo último del patio desde donde podía distinguir el molino. ¡Qué media hora tan terrible! Por fin, rendido de cansancio, me senté sobre un montón de cortezas pensando en mi amigo.

— Ahora debe tener mas de veinte años, me dije; ¡quisiera saber si ha cambiado!...

Y prestaba atención al menor ruido.

En el mismo instante oí unos pasos; alguien atravesaba el patio. No era mi padre. Yo me levanté exclamando:

— ¡John!

— ¡Phineas!

¡Ah! ¡qué apretón de manos! ¡con qué orgullo, con qué satisfacción le contemplaba! Su rostro era el mismo; pero había crecido mucho, era ya un hombre.

Permanecimos absortos en nuestra alegría durante un minuto; en fin, dejando caer nuestras dos manos, John me dijo con voz precipitada:

— ¿Dónde está vuestro padre?

— ¡Ay! Bien quisiera saberlo; me han dicho que ha ido á buscar á la policía.

— ¡Oh! no, jamás haría eso. Debo ir á buscarle; adios.

— ¡John!

— No puedo quedarme con vos, dijo con firmeza, en tanto que vuestro padre me lo prohíbe. Debo irme.

Y se alejó.

Aunque mi corazón se desgarrase, mi conciencia aprobaba la conducta de John. Pero me preguntaba cómo sucedía que el que nunca había conocido á su padre, respetara tan religiosamente los deberes de la obediencia filial. Los huérfanos de nacimiento suelen acatar mas el ideal de un lazo que les es extraño, que aquellos que le han conocido, excepto sin embargo los que han tenido la gran felicidad de ver ese ideal realizado para ellos. Parece que esto debería servir de lección á esos padres que no habiendo cumplido jamás con ninguna de sus obligaciones, reclaman sin embargo ese nombre de padres para mostrarse tan exigentes con sus hijos.

Algunos minutos despues vi á John entrar con mi padre en la tenería. John hablaba con animación y mi padre le escuchaba; pero no parecía que sus argumentos convenciesen á mi padre. Inquieto, pero firme como

una peña, mi anciano padre se habia detenido y ponía su pié do-liente sobre un mon-ton de pieles. Yo le salí al encuentro.

— Phineas, me dijo John con aire supli-cante, venid á ayu-darme... No, Abel Flet-cher, añadió con fiereza en respuesta á una mirada recelosa de mi padre; nos hemos en-contrado hace diez mi-nutos, no mas, y ape-nas nos hemos dicho una palabra. Pero no hay tiempo que per-der; ayudadme á per-suadir á vuestro pa-dre que salve sus bie-nes; no quiere recur-rir a la justicia, por-que es cuáquero; lo que por otra parte quizá anularia este recurso.

— Sin duda alguna, repuso mi padre con sonrisa amarga.

— Pero puede defen-der sus bienes por sus servidores, y no insis-tir en ir al molino en persona.

— Iré, repuso Abel Fletcher, pegando en el suelo con su baston y dirigiéndose por la orilla del rio hacia el molino.

Yo le tomé del bra-zo diciéndole:

— ¡No vayais!

— Hijo mio, respon-dió clavando en mí una de sus miradas de hierro, como yo las llamaba, no te opon-gas; sabes que con-migo es perder el tiempo. Si esas gen-tes hubiesen esperado



CACERIAS DE CORZOS EN ALEMANIA : EL RECLAMO.

dos dias mas, yo ha-bria vendido mi trigo á cien chelines cuar-tal; ahora á ningun precio : les enseñaré á conducirse mejor en otra ocasion. Anda á casa, y tú, Jael, haz lo mismo.

(Se continuará.)

### Cacerías

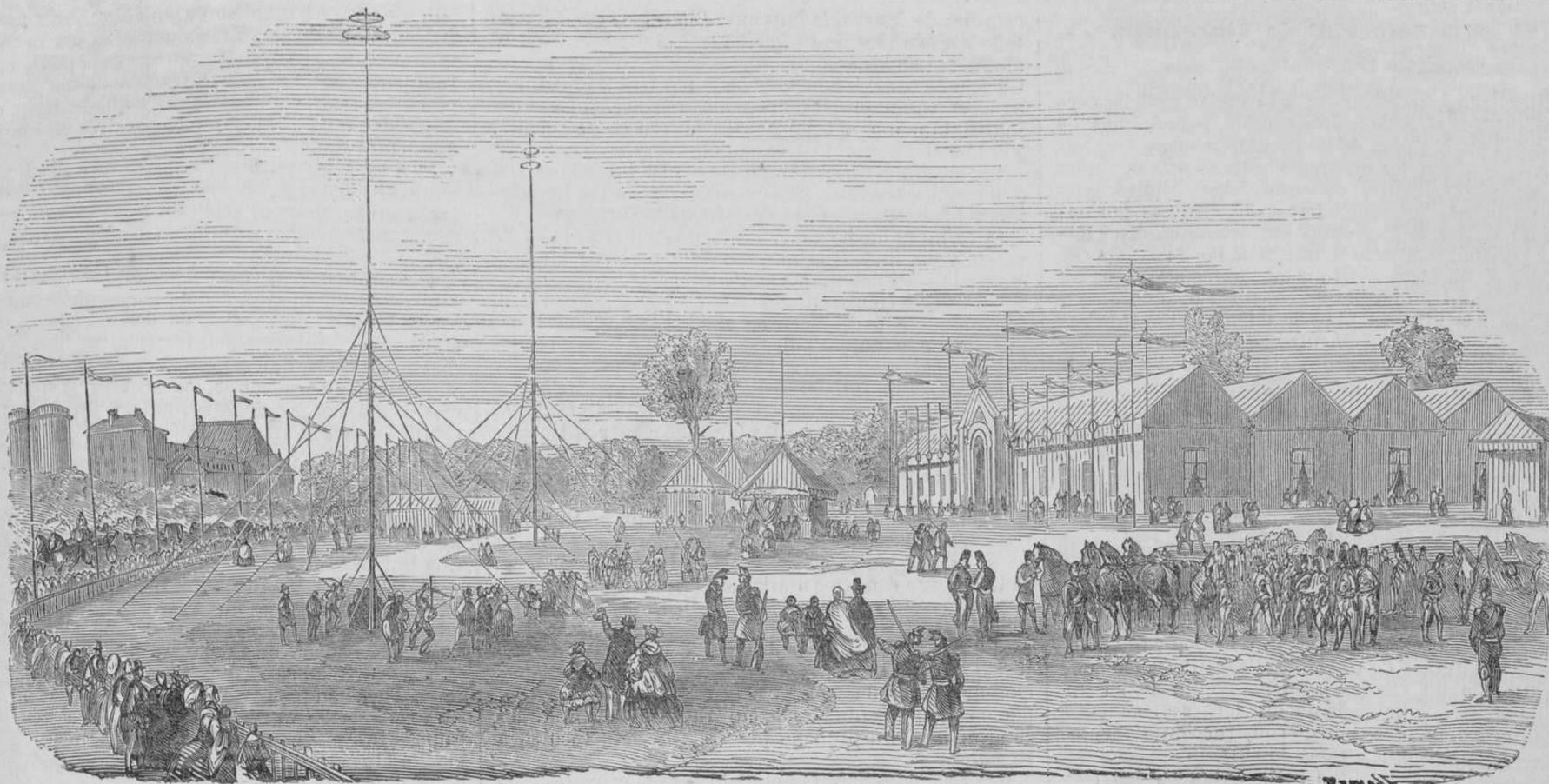
DE CORZOS Y VENADOS  
CON RECLAMO Y EN  
BATIDA.

Mientras los cazado-res franceses forman sociedades en coman-dita para poder ma-tar liebres y perdices en los sotos reserva-dos, los cazadores de Alemania recorren li-bremente los bosques y se entregan á su pa-sion favorita. Ya he-mos hablado aquí á nuestros lectores en mas de una ocasion de las cacerias alemanas en distintos meses del año, pues á decir ver-dad la caza no se veda de un modo absoluto en todo el año. Las liebres, las perdices, los faisanes, los gamos y las gamuzas se res-petan durante seis me-ses; pero se puede ca-zar en todo tiempo el ciervo, el jabali, las aves de paso y todo animal dañ no.

Por consiguiente, queda márgen para que se entreguen á su diversion favorita los aficionados. En el bo-nito pais de Baden es



CACERIAS DE CORZOS EN BATIDA.



TIRO NACIONAL FRANCÉS EN VINCENNES : VISTA EXTERIOR DE LOS PABELLONES DEL TIRO.

donde se efectúan las cacerías que no están en el programa, las cuales sirven de distracción durante el largo entreacto que separa las dos temporadas.

Cada día en el verano se consumen los corzos por docenas en las fondas de Baden. Es una gran suerte para los extranjeros que se hallan privados de caza en sus países respectivos. Ahora bien, voy á explicar aquí cómo los pobres corzos pasan de la luz del sol á la oscuridad de la cocina: es todo un drama.

Siempre me ha gustado cazar; no obstante, debo declarar aquí que no he tenido predilección sino por las cacerías en las cuales queda á las piezas algunas probabilidades de salvación; siempre tendré sobre la conciencia dos corzos que maté en un día de verano.

Hé aquí cómo pasó la cosa. Era en julio de 1858, y me fui acompañado de un guarda á un bosque de las cercanías de Baden.

Hacia el tiempo mas propicio para la clase de caza que queríamos emprender: un sol muy fuerte despues de una buena lluvia.

Cuando estuvimos en medio del bosque en una zarza desde la cual se descubria bien todo el contorno, sin ser visto, el guarda me dijo:

— Quédese Vd. aquí y prepare la escopeta, voy á llamar. Mucha atención; á la segunda ó tercera llamada, el corzo que está aquí cerca saltará hácia nosotros y se detendrá á pocos pasos. Entonces, fuego en él. ¡Con que atención y cuidado!

Y dichas estas palabras da con su reclamo tres ó cuatro notas sucesivas y parecidas al grito lastimero de un corderillo.

Llamó hasta cuatro veces en vano.

— Vamos, dijo el guarda, parece que este no quiere; vamos á otro que debe estar á corta distancia.

Le seguí pues durante media hora.

— Ya estamos, exclamó el guarda señalándome unas huellas frescas del animal; escóndase Vd. en esas matas con la vista fija hácia el arroyuelo.

El corzo vendrá seguramente por ese lado, porque la orilla del bosque está á cien pasos detrás de nosotros.

A la primera llamada oí un salto; y el guarda no habia terminado aun la segunda, cuando ví lanzarse en derecha á nosotros un corzo magnífico. El soberbio animal se detuvo en el arroyo con un aire provocador que le ponía tan hermoso, que estuve á punto de desarmarme; pero tenia el dedo sobre el gatillo, mis ojos se turbaron, el tiro resonó en mis oídos, y cuando el humo se disipó, ví al pobre animal revolviéndose en el agua enrojecida con su sangre.

Dos horas despues maté otro.

Hasta aquel momento no me habia dado cuenta de

mis emociones y de los sucesos del día; estaba demasiado absorbido por mi ardor de cazador novato; pero á la vuelta pedí explicaciones al guarda.

— Es muy sencillo, respondió este; se ha notado que cuando un cervatillo estaba atacado por un enemigo y que gritaba de cierta manera, el ciervo se precipitaba inmediatamente al socorro de su progenitura. Nosotros nos aprovechamos de esta observación; imitamos el grito lastimero del animal, el ciervo acude á defenderle, y el matarle es fácil entonces.

— Desgraciadamente es verdad, respondió yo, pues nunca me perdonaré el haberme aprovechado del amor paterno de un pobre animal para acabar con él; no volveré á hacerlo nunca.

Y así ha sido.

Es verdad que esto no impide que todas las mesas redondas de las márgenes del Rin abunden en caza durante el verano. ¿Qué importa? Yo no tengo la culpa, siempre es una satisfacción.

La caza del corzo en batida que representa el segundo dibujo es menos cruel que la que acabo de describir; es muy favorable á la conservación de la caza, pues no mata á los machos sino cuando las hembras están llenas ya.

Además ofrece algunos medios de salvación á los corzos; pueden correr, forzar las líneas de los ojeadores, con otras probabilidades de escapar á la mortí-

### El tiro nacional francés en Vincennes.

El tiro nacional que se ha establecido en Vincennes, y que se inauguró el 7 de octubre último, es una de esas instituciones modernas de una utilidad incontestable.

Por todas partes en Europa donde la han querido fundar, no solo los gobiernos y los pueblos han acogido la idea con ardor, sino que han prestado un concurso eficaz á su cumplimiento.

La Inglaterra tiene muchos tiros dotados con premios considerables y organizados de un modo permanente ó periódico; acude á ellos mucha gente.

La Bélgica, la Alemania, los Estados Unidos tienen tambien los suyos. El de Paris no podrá menos de conquistarse un buen lugar entre todos los que le han precedido.

Todo el mundo comprende que es una institución indispensable para un país esencialmente militar como la Francia, y que ha producido las mejores armas de precisión.

El edificio es grandioso; está situado en uno de los

lados de la vasta pradera que se extiende delante del castillo de Vincennes. El perímetro del recinto que forma las dependencias está trazado con una barrera en cuyos mástiles empavesados están las armas del imperio. El interior se compone de una gran galería dividida en tres compartimientos paralelos que separa una pequeña balastrada adornada de terciopelo encarnado; el espacio que está mas acá de la primera balastrada se halla ocupado por un inmenso café-restaurant; el compartimiento de enmedio es para el público espectador, y por fin está la gran nave de los tiradores.

El 7 á las diez de la mañana un cañonazo que disparó la batería del polígono dió la señal de la inauguración del tiro, la que tuvo lugar en medio de un gran concurso de curiosos de ambos sexos. Los militares, ejército regular y guardias nacionales, fueron los primeros

que se presentaron; el 33° y el 45° de línea rompieron el fuego. Entre los tiradores se notaban varios extranjeros, algunos alemanes y belgas, con oficiales del ejército inglés que tomaron parte en la lucha.

Otros tiradores famosos en el extranjero deben llegar igualmente á Paris á disputar los premios, entre los cuales se cuenta una escopeta regalada por el emperador, que vale once mil francos.



GALERIA DEL TIRO NACIONAL EN VINCENNES.

fera escopeta. — Estas cacerías cuando abundan las piezas son muy hermosas, y hay días en que yo he visto caer treinta ó cuarenta corzos. Las mejores en el valle del Rin son las de las cercanías de Lahr, de Baden y de Offenbach en el país de Baden, y en la selva de Schlestadt, de Estrasburgo y de Haguenaú en la Alsacia.

L.

## El Asilo Imperial de Vincennes.

### PROGRESOS DEL ESTABLECIMIENTO.

Hemos dado á nuestros lectores varias noticias correspondientes al establecimiento de beneficencia de Vincennes en la época de su inauguración, y hoy vamos á señalar aquí los progresos hechos hasta el día en esta institución filantrópica, que debería imitarse en todos los países. Nos suministra estos curiosos pormenores un escrito de M. Veron, extractado en estos términos por un semanario científico de París:

« Uno de nuestros afortunados compañeros que ha sido sucesivamente farmacéutico, médico, especulador publicista y siempre hombre de talento, el doctor Veron, ha publicado en el *Moniteur* del 9 de julio un artículo muy interesante sobre el asilo de Vincennes. Como diputado del distrito de Sceaux, el señor Veron había asistido el 31 de agosto de 1857 á la inauguración de este establecimiento, y tres años después ha querido comprobar los resultados obtenidos, pasando con semejante objeto un día en el asilo para estudiar allí sobre el terreno todos los servicios, reglamentos y usos de esta institución modelo, destinada como es sabido á recibir obreros convalecientes.

Diez y seis hectáreas de bosque, que antes formaban parte del dominio de la Corona, fueron, dice M. Veron, destinadas á la instalación del asilo contiguo al bosque de Vincennes, y construido en un terraplen bastante elevado, con ventilación por todas partes, el edificio de piedra y ladrillo, es de un aspecto sencillo y risueño. Compónese de un cuerpo principal dominado por un pabellón central flanqueado de dos largas alas de dos pisos con bajos, y precedido de construcciones secundarias en escuadra que forman la entrada del establecimiento. En el centro está el patio de honor, con jardín, estanques y juegos de agua; y á él se llega por dos rampas semicirculares adornadas con bosquecillos de arbustos, flores y césped.

El pabellón central contiene en el piso bajo la capilla, y á derecha é izquierda extensos refectorios bien ventilados, con mesas de piedra, asientos cómodos y un servicio sencillo y reducido á lo necesario.

En el primer piso del pabellón central se encuentran la biblioteca y una sala de juego, y los dos pisos de ambas alas del edificio se hallan divididos en habitaciones de tres camas cada una, situadas todas al Mediodía y amuebladas sencillamente. Cada enfermo tiene un armario cerrado.

Los nombres de industriales célebres ó de sabios útiles designan los pabellones y galerías del asilo imperial de Vincennes.

### PABELLONES.

Franklin (impresor, escritor, inventor del para-rayos).  
Montgolfier (inventor de los globos aereostáticos).  
Mateo Dombasle (agricultor).  
Gobelin (tintorero).  
Vaucauson (célebre mecánico).  
Jacquart (inventor de los telares de seda).

### GALERIAS.

Oberkampf (manufacturero en el primer imperio).  
Boule (ebanista del tiempo de Luis XIV).  
Gall (grabador distinguido).  
Schwilgüe (médico, muerto en 1808).  
Senefelder (inventor de la litografía).  
Didot (impresor).  
Lenvir (fabricante de instrumentos de matemáticas, muerto en 1810).  
Brezin (cerrajero mecánico, fundador de un hospital para los obreros de esta profesion).  
Veilmann (mecánico).  
Gambey (fabricante de instrumentos de precision).  
Daguerre (inventor del daguerreotipo).  
Lebon (inventor del alumbrado de gas).  
Argant (minero, inventor de la lámpara de su nombre).  
Berthoud (matemático y relojero).

Appert (químico, inventor de un procedimiento para la conservación de las sustancias alimenticias).

Por todas partes penetran el aire y el sol: hasta en los almacenes hay una ventilación permanente, de modo que no en las mejores casas se conservan las ropas mas secas y frescas que en el asilo, donde no se percibe olor alguno.

Desde el día siguiente al de la inauguración, se recibieron convalecientes en el asilo imperial, habiéndolo sido en los cuatro

últimos meses del año 1857. . . . .	894
En 1858. . . . .	4,401
En 1859. . . . .	5,523
En los cinco primeros meses de 1860. . . . .	2,510
Total. . . . .	13,328

En fin de junio de 1860 estas admisiones subían á 14,000 en dos años y diez meses. Los convalecientes corresponden á las categorías siguientes: 1º Enviados por los hospitales de París y de la demarcación: 2º por las oficinas de beneficencia: 3º convalecientes de heridas recibidas en los talleres públicos (obras del Estado y del departamento del Sena): 4º miembros partícipes de las sociedades de socorros mútuos: 5º obreros de establecimientos cuyos directores han obtenido del ministro del Interior la autorización de enviar los convalecientes al asilo mediante una suscripción; como los

campos de hierro, la imprenta Chaix, las casas Christoffe y Alexandre, la compañía de gas del Este, etc.: 6º obreros asistidos á domicilio y provistos solo de un certificado de convalecencia firmado por tres médicos. Por expresa voluntad del emperador el asilo está en el día indistintamente abierto á todo obrero convaleciente, y á la fecha hay 414 camas en él.

Dos elegantes carruajes con las armas imperiales van á buscar los convalecientes á sus casas ó á los hospitales, y los vuelven a ellas después de la curación.

El término medio de permanencia en el asilo es de veinte y dos días. Gracias á todos los recursos higiénicos de la institución, las convalecencias de las fiebres tifoideas son comparativamente cortas. En general el convaleciente permanece en el asilo hasta estar completamente curado ó haberse declarado incurable su enfermedad.

**Régimen alimenticio.** — Este se halla arregiado por el director y el médico en jefe del establecimiento, adaptándose en cuanto á las horas de comer, á las costumbres de los obreros. A las siete y media de la mañana una sopa; á las diez y media un plato de carne y otro de legumbres; á las cinco de la tarde sopa, carne asada, legumbres, y una ensalada ó un postre. Cada convaleciente recibe medio litro de vino de Borgoña, y pan de primera calidad á discreción. Por término medio cada hombre consume diariamente 700 gramos de pan. Si hay necesidad prescribe el médico en jefe un régimen particular.

Si los convalecientes lo desean, se les emplea en los trabajos de la casa, recibiendo entonces una retribución que varía de 20 á 25 céntimos diarios, y tienen además un aumento de 25 centilitros de vino. Algunos se forman así un pequeño peculio, precioso recurso á su salida.

Hay señalados para el alimento de cada convaleciente un franco y diez céntimos diarios, sin incluir los gastos generales de personal y combustible.

**Servicio médico.** — Una botica bien surtida contiene todas las preparaciones oficiales, y las prescripciones del médico en jefe se preparan por el farmacéutico de la casa imperial de Charenton. El servicio médico comprende además los baños simples, los sulfurosos, alcalinos y de vapor. Por término medio cada convaleciente hace un gasto diario de medicamentos que importa tres céntimos, dándoles además muy á menudo la administración vendajes y aparatos que ellos no podrían comprar.

A su llegada y después del reconocimiento del interno de guardia, reciben los convalecientes los vestidos y ropa blanca de la casa: camisa, pañuelos, calcetas, gorro de algodón, un paletó de muleton azul ó una blusa, según la estación, un casquete de paño ó un sombrero de paja, una servilleta y una tohalla. Todos los sábados se muda la ropa blanca, la cual se lava y repasa en el establecimiento, donde existe un lavadero del sistema Bonillon-Miller.

Los convalecientes desocupados tienen numerosos medios de distracción, pues hay á disposición de ellos juegos de bolos, de damas, dominó y lotería. Los naipes están prohibidos.

La biblioteca está abierta todos los días de las doce á las cuatro, y contiene 4,000 volúmenes y periódicos ilustrados; la mayor parte de los libros han sido regalados por los libreros de París. Por término medio hay cincuenta lectores diarios, y algun día han llegado á noventa y seis.

Es ejemplar la conducta de todos en el asilo; sométese sin murmurar á las prescripciones del reglamento; se muestran atentos entre sí y respetuosos con los empleados; respetan el mueblaje y las flores del jardín, y conservan en un perfecto estado de limpieza sus habitaciones, los corredores y aun los retretes destinados á las necesidades de la vida.

El personal del asilo de Vincennes consta de un director, un recaudador tesorero, un médico en jefe, tres internos, seis religiosas de la orden de San Agustín de Bélgica, un capellán, cinco empleados en la oficina, cuatro vigilantes, un guarda-almacén y cuarenta empleados subalternos.

El médico en jefe, M. Laborie, está encargado de la asistencia médica y quirúrgica. Los internos son nombrados por el ministro del Interior á propuesta del médico y del director, exigiéndose á los candidatos por lo menos doce matrículas, tres exámenes de fin de año y un año de asistencia como externos á los hospitales de París además del concurso.

Como alcalde de Saint-Maur, en cuya demarcación está el asilo, su director M. Domergne ha hecho de él el centro de todas las solemnidades municipales de su distrito, como distribución de premios á las escuelas, rifas de beneficencia, conciertos en beneficio de los pobres, y los convalecientes son los espectadores privilegiados de todas estas ceremonias. Los domingos, lunes y juéves pueden visitarlos sus parientes y amigos en la sala ó en el jardín.

**Presupuestos:** Los recursos financieros anuales del asilo imperial son de diversas especies:

1º Asignación de 1 por 100 sobre el importe de los trabajos emprendidos en el departamento del Sena por cuenta del Estado y las municipalidades del mismo: en el espacio de tres años esta asignación ha llegado á la suma de 700,000 francos que se reparte entre los asilos imperiales de convalecientes de Vincennes y del Vesinet.

2º Importe de las estancias pagadas por los convalecientes. El precio de ellas es de 50 céntimos para las sociedades de socorros mutuos, y 75 para los obreros de

talleres que se hayan comprometido á una suscripción. Todos los que vienen directamente de sus casas pagan un franco. Recordaremos aquí que cada estancia de convaleciente cuesta al asilo 2 francos 40 céntimos, comprendidos los gastos generales, y que el recurso de las estancias no ha pasado jamás de tres mil á tres mil quinientos francos.

3º A estos diversos ingresos hay que añadir la parte que corresponde al asilo de los fondos del legado Montyon, subvención que solo está reglada por las apreciaciones de la asistencia pública, y que en 1858 ha llegado á 28,665 francos y en 1859 á 28,800.

4º El asilo de Vincennes posee inmuebles. En un terreno de 10,800 metros, cedido por el emperador, y con ayuda de una subvención de dos millones, suministrada por el ministro del Interior, se han construido diez y seis casas, que comprenden treinta y seis tiendas y trescientas once habitaciones que alquiladas á precios moderados, desde 90 á 250 francos, dan una renta evaluada para el año próximo en 90,000 francos.

Este aumento se debe á los gastos de primer establecimiento de explotación de los inmuebles.

El asilo ha podido hasta ahora satisfacer sus gastos con sus rentas, y aun de la asignación de 1 por 100 de los trabajos públicos entregar al Tesoro como reserva una importante cantidad.

El objeto de esta creación imperial, dice al terminar M. Veron, es proporcionar á los convalecientes el tiempo necesario para reparar sus fuerzas y permitirles no volver al trabajo hasta estar completamente sanos y ágiles, previniéndose así esas diátesis anémicas, origen frecuente de afecciones á menudo incurables.

El asilo de convalecientes suministrará dentro de algunos años preciosos materiales al edificio de la ciencia. En él podrán comprobarse los resultados definitivos del tratamiento de las fracturas y de los métodos operativos para las amputaciones.

Allí es donde se escribirá la historia completa de las enfermedades hasta su desaparición total y la entera curación; donde serán juzgadas en última instancia las doctrinas académicas tan diversas y contrarias á veces; donde se formarán ricos archivos sobre las convalecencias, llenos de preciosos datos para la patología y la terapéutica. Un gran número de extranjeros y médicos ingleses, rusos, prusianos, portugueses y americanos ha venido y viene cada día á visitar y estudiar el asilo imperial de obreros convalecientes, cuya institución que admiran se prometen algunos introducir en su país. Todos nos envidian el honor de esta creación caritativa que inspiró á Napoleon III su política generosa y civilizadora.

## Revista de la moda.

**SUMARIO.** — De las modas actuales. — Los nuevos almacenes de la casa Delisle. — Telas del tiempo de Luis XIV. — El raso del Líbano. — El cuero de seda. — Otras telas lujosas. — Dos vestidos á la moda: el vestido Fontanges y el vestido La-Valliere. — Descripción de otros vestidos nuevos. — El Muchir y el Siciliano para salidas de baile. — Sigue la moda del oro en los sombreros. — Primeros modelos de Alejandrina. — Dos tocados de soirée: el tocado Sevigné y el tocado Lucrecia. — Descripción del figurin que representa prendidos de baile.

¿A qué altura se hallan las nuevas modas?.. Hé ahí la pregunta á la órden del día en todos los países del mundo, pues en todas partes se busca la elegancia en el vestir. Los volantes están en plena decadencia; solo se llevarán en los trajes de baile. También se trata de desterrar el miriñaque; pero hasta ahora el miriñaque se resiste.

Para definir debidamente las actualidades de otoño y de invierno, voy á llevaros á los nuevos almacenes de la casa Delisle, que han plantado su bandera industrial en el boulevard de Capuchinas, en el sitio que ocupó el hotel de Osmond.

No describiré los salones, que son otras tantas maravillas de elegancia, aunque se ha hecho abstracción de los dorados para probar que la casa Delisle no necesitaba atraer á la muchedumbre con un lujo ridículo.

Cada casa de novedades debe estar en su línea. A la casa Delisle lo que la piden es gusto, novedad y elegancia.

Aunque permaneciendo fiel al género aristocrático que la ha adquirido una reputación universal, la casa Delisle ha completado su obra poniendo en venta telas sencillas al alcance de todas las fortunas.

Como una tela de mucha actualidad, señalaré el raso del Líbano, con muchas bandas de flores separadas por bandas de rayas que recuerdan el antiguo damasco con una superioridad marcada. Esta tela nos recuerda los esplendores del reinado de Luis XIV; y servirá para vestido de la señora aristocrática y de la señora económica que quiera una tela de resistencia.

Los principales colores del raso del Líbano son estos: gris plomo, verde turco, azul, pensamiento, dalia, encina y cuero de Córdoba, color que hace furor con ilustraciones bizantinas.

El tafetan de hoy no se llama tafetan, sino cuero de seda, para significar su fuerza y esplendor. Sobre el negro se ven chispas auríferas, estrellas, hojas y rosetas. El color aurífero parece oro sin serlo.

Hé aquí la descripción de otras telas:

Gro de Siria, fondo negro con florecillas y follaje menudo aurífero; las flores varían de color según el capricho.

Gro de Beyruth para soirée, fondo rosado con ramilletes de no me olvides. Esta tela es muy elegante también de fondo negro con ramos auríferos y grises.

Las telas de lana llamadas de fantasía imitan las sedas y presentan con poca diferencia los mismos dibujos. El terciopelo de lana continúa siendo el rey de la estación de otoño. La casa Delisle los tiene preciosos y exclusivos.

En cuanto al corte de los vestidos cada señora improvisa el suyo, digámoslo así. Los vestidos de una sola pieza cortados al sesgo y sin cinturón son muy elegantes, porque dan un aire esbelto y hacen un talle fino. Ya que estoy en los vestidos á la moda, he aquí dos que datan de ayer y que son tan elegantes como sencillos.

El uno es un vestido Fontanges de terciopelo negro ilustrado con florecillas de colores; el cuerpo y la falda hacen una pieza por medio de gruesos pliegues huecos. Su adorno es cosa nunca vista. Dos de los pliegues de la falda por delante y por detrás suben por el cuerpo y se cruzan sobre lo alto de la manga formando hombreras guarnecidas de pasamanería con flores. En toda la altura del vestido hay un adorno de pasamanería que le cierra. Las mangas huecas tienen puños adornados de pasamanería.

El otro es un vestido La-Valliere de tafetan antiguo gris muselina, adornado sobre el cuerpo con tirantes que comienzan mas abajo de la cintura, y que vienen por delante á formar sobre la falda un ornato abierto, que se continúa al rededor del vestido sirviendo de orla. Los tirantes son de tafetan violeta con vivo gris. En el borde del tafetan violeta hay una ruche de cinta. Las mangas son aplastadas por arriba, abiertas por abajo y van guarnecidas con vueltas. Se puede hacer este vestido con un cinturón que pasa sobre los tirantes.

Pero no he concluido con los vestidos.

Hé aquí otro de raso negro con un gran volante María Antonieta con cabeza rizada. Sobre una primera falda ondea otra falda de raso negro. El cuerpo lleva solapas cruzadas con camisolín de tul negro sembrado de cuentecitas de azabache. Este vestido un poco severo, es de luto.

Otro de moaré antiguo verde laurel con un ancho terciopelo negro en el bajo de la falda, adornado con puntilla negra. Por un lado lleva un grueso lazo de terciopelo, ó una ancha cinta que va á perderse en el bajo de la falda. El cuerpo es escotado á la Luis XVI y va guarnecido de terciopelo y encaje.

Otro de tafetan negro con siete pequeños volantes con vivo violeta. Es el único modo como se llevan hoy los volantes.

El mes próximo hablaremos de prendidos de baile.

Entre tanto voy á describir dos espléndidos abrigos para salir del teatro ó del baile.

El primero y mas elegante de los dos se llama Muchir, y nos ha llegado en derecha de Constantinopla.

Figuraos una inmensa capa blanca de cachemira que se pone sobre los hombros como un albornoz aristocrático. El adorno del Muchir consiste en un bordado negro y oro copiado de las agujas de los minaretes. Cada aguja remata en una media luna. Esta soberbia prenda es muy hermosa tambien de paño purpurino, azul ó verde.

El otro abrigo es un Siciliano que tiene todo el sello del nombre que lleva. Es blanco de cachemira con hombreras negras y oro que parecen cinceladas. El capuchón tiene tres borlas de los mismos colores.

¿Y los sombreros? No los olvido; al contrario, voy á describir algunos que he visto en casa de Alejandrina. Yo creía que el oro se habia acabado, pero no ha sido así; por consiguiente no tengo mas remedio que aceptarle.

El primero es un sombrero de princesa de terciopelo real blanco con ala cerrada con tres botones de oro sobre lo alto de la cabeza. Del ala se escapan dos plumas altas blancas con cabeza negra. El casco de tul blanco está velado con un adorno de encaje. En el interior ruche de terciopelo con botones de oro.

Otro sombrero Emperatriz de terciopelo negro con fondo de raso blanco y de tul negro, cubierto con dos plumas aplastadas, y que se rizan sobre el bavolet de terciopelo negro forrado de raso blanco. En el interior lazo de terciopelo negro prendido con perlas de oro.

Otro de terciopelo violeta de Parma rizado, guarnecido de blonda sobre un fondo de terciopelo real blanco. Bavolet violeta de Parma. En el interior blonda y bandó de terciopelo, una gran pluma blanca parte del lado izquierdo y atraviesa el ala.

Echemos una ojeada á los tocados.

Elijo dos al acaso; mas tarde completaré la serie de los tocados de baile y de soirée.

El uno es un tocado Sevigné formando pouff de cocas de terciopelo azul de China con bandó de cinta blanca, adornada de medallones oro y azul, que se enrosca detrás de la cabeza en el peinado y cae con puntas flotantes.

El otro es un tocado Lucrecia de terciopelo escabiosa, que describe un bandó romano, atravesado por un listoncito de oro que cae á cada lado á la antigua con dos borlas de oro.

La descripción de nuestro figurín dará una idea de los prendidos de baile.

Primer traje. — Vestido de gasa muselina malva con volantes, orlado con una ruche de gasa y de tul del mismo color. Cuerpo de peto. Berta como el vestido. Mangas cortas compuestas de dos volantes. En la cabeza violetas de Parma. Guantes con botones. Brazaletes ricos.

Segundo traje. — Vestido de tarlatana blanca sobre tafetan rosa y con dos faldas. En el bajo de la primera seis volantes á la Pompadour de tarlatana rosa y blanca. Cuerpo adornado con una berta cruzada por delante cubierta de volantes en armonía con los de la falda. Mangas cortas con igual adorno. Cinturón rosa y cocas en la cabeza; brazaletes ricos y abanico antiguo.

Tercer traje. — Vestido de crespon verde Isly. Cuerpo con draperías; mangas cortas y huecas; albornoz argelino. En la cabeza diadema de oro y terciopelo; aderezo de coral.

Cuarto traje. — Vestido blanco de organdi ilustrado con bordados y formando delante por medio de unos volantes

atravesados de cinta azul celeste. Cuerpo de peto. Mangas muy anchas. En la cabeza guirnalda-bandó de flores azules. A cada lado de la falda ramillete de las mismas flores prendido con un lazo de cinta. Brazaletes ricos; abanico moderno; pañuelo de encaje y guantes con botones.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

## Dos días en un convento de maronitas.

(Traducción libre del francés.)

El toque de la oración acababa de avisar á los monges que era ya hora de recogerse.

¡En vano pretendía hacerse oír un viajero! Las puertas del monasterio de San Hilarion, situado en las gargantas del Líbano, estaban cerradas: ni habia campana, ni se veia llamador por donde anunciarse.

Dos ó tres culatazos vigorosamente aplicados contra una maciza puerta de olivo no obtuvieron otra respuesta que el eco de los bosques prolongado por los corredores y los ladrillos de cinco ó seis alanos que saltaban dentro de las tapias del convento.

Impacientado el viajero y renegando de tener que acostarse sin cenar, expuesto al rocío de una fría noche de setiembre, ató su caballo al tronco de un algarrobo que brotaba entre dos rocas, cuando de pronto apareció una cabeza medio oculta por los pliegues de su capucha en la ventanilla practicada en el espesor de la pared. Despues de una ligera inspección, no distinguiendo mas que dos hombres, la cabeza se descubrió por completo.

— ¿Quiénes sois? dijo en árabe la voz del capuchón.

— Un peregrino que desea dormir en el convento, contestó el guía griego que desde Damasco acompañaba al expedicionario en calidad de intérprete, espolista y ayuda de cámara.

— Es demasiado tarde, respondió el monge separándose de la lucera.

— Nunca es tarde para acostarse, repuso el viajero interviniendo en el coloquio.

— Ni para cenar, cuando no es día de ayuno, añadió el griego con una voz insinuante. Además, este señor viene de Jerusalem y trae cartas del patriarca.

— ¿Acabaras! replicó el monge volviendo á su puesto de observación del que apenas se habia separado.

Se oyó el ruido de una cadena deslizándose por una polea que despues de haber rebotado tres ó cuatro veces contra el muro, dejó caer al suelo una cestita de mimbres.

Jenófanes (este era el nombre del guía) abrió la maleta y sacó un gran pliego sellado con cinco cruces del Santo Sepulcro, depositándole en el cesto-balija que emprendió su camino aéreo y desapareció. El monge cerró cautelosamente la ventanilla.

— ¿Estamos delante de alguna plaza fuerte? preguntaba á su guía el viajero.

— Poco menos: puesto el sol, toda persona que aquí se acerca es un enemigo, y se tiene gran cuidado de darle con la puerta en el rostro. Pero no dudo que vuestras cartas lograrán abrirla. Estamos por lo tanto en el caso de ahorrarnos nuestro pan: el del convento es un poco mas negro; pero cuando se come lo ajeno, se economiza lo propio.

Diciendo este aforismo de incontestable verdad, Jenófanes se envolvió en su gran capa de pelo de camello con rayas pardas y blancas, dirigió algunas cariñosas palabras á los caballos que escarbaban la tierra con sus cascos, y se tendió á lo largo sobre un banco de madera que habia en el pórtico.

— Creo, continuó acomodándose en tan duro lecho, que tendré tiempo de echar un sueño. Los monges nunca están de prisa.

No habia Jenófanes cerrado los ojos, cuando se oyó confuso rumor de pasos y de voces, seguido del rechinar de llaves y de cerrojos. A treinta piés del suelo se abrió una ventana, de donde descendió muy lentamente un cuévano parecido á los que se usan en los pozos de las minas.

Apenas hubo llegado á tierra, entró en él nuestro viajero, quien en un abrir y cerrar de ojos se elevó hasta el pretil de aquella singular puerta.

— ¿Y yo? exclamó Jenófanes levantando los brazos al cielo, como para seguir la ascensión de su amo.

— Tú, replicó un monge, guardarás los caballos que no pueden entrar en el convento durante la noche.

— ¿Y cenar? ¡padre mio!

— Dios proveerá, dijo aquel, arrojándole un saco lleno de pan, de higos secos y de dátiles frescos.

— ¿Y beber?

— El agua del Líbano es deliciosa. Desde aquí se oye el murmullo de un arroyo.

El cenobita ofreció una mano al viajero que acababa de poner el pié sobre la trampa, sostenida en el aire por dos enormes cadenas, como el puente levadizo de un castillo feudal, desde el que una sólida escala permitia bajar al interior del convento.

Ni una sola palabra dijeron al recién llegado los hermanos que marchaban delante de él, á modo de introductores, alumbrando con teas de cedro, cuya odorífera llama ondulaba sobre sus cabezas.

A través de largas salas y prolongados corredores, fué conducido hasta el refectorio donde se hallaba reunida para la cena toda la comunidad.

Era aquel una espaciosa sala alta y embovedada: por todo adorno se destacaba sobre el fondo blanco de las paredes el bermellón de algunas letras árabes, som-

breadas de azul, con que estaban escritas de arriba abajo, con todo el esmero y la delicadeza de la caligrafía oriental, varias sentencias de los libros santos. Una lámpara de hierro de siete brazos, simbolo de los siete dones del Espíritu Santo, colgaba del techo, proyectando una luz desigual, cuyos rayos iluminaban con suma claridad una parte de la escena, á la par que dejaban otra medio á oscuras. Junto á las estrechas mesas que recorrían las paredes de la sala, y hácia un mismo lado, se hallaban sentados treinta religiosos. Un gran cuadro situado frente á las ventanas representaba la *Cena*.

En Oriente nada cambia: el mismo pan que el artista habia pintado en su cuadro delante de Cristo y de los apóstoles, se hallaba aun sobre las mesas del convento, y la forma de los vasos y platos de que hoy se sirven, en nada se distinguen de los que se usaban hace veinte siglos.

Los monges no parecieron apercibirse de la entrada del huésped. A una señal del presidente, cerró el libro uno de los hermanos que leía los Evangelios en lengua siríaca y ocupó su puesto. El forastero llegó ante el superior que estaba sentado al fin del refectorio, bajo un Cristo de yeso fijo á una cruz de madera negra.

El abad, hombre de estatura alta y de rostro enérgicamente pronunciado, se levantó, alargó su mano al viajero y le saludó dándole la bienvenida en el idioma cosmopolita, mezcla de italiano, griego, latin y árabe, que comunmente se habla en los conventos de Oriente.

Como el buen padre encontrase cierto embarazo en proseguir su discurso, se dirigió á un religioso que estaba en la primera mesa de su derecha y le hizo señas para que hablase por él. Este levantó la capucha, dejando ver su frente noble y despejada, sus ojos grandes y azules, que á la vez expresaban envidiable calma y profunda melancolía.

— Caballero, dijo; nuestro superior el reverendo padre Esahias-ben-Tobiah, se alegra en extremo de vuestra llegada; para él es un placer recibir un europeo en San Hilarion. Esperamos que permaneceréis aquí como en vuestra casa mientras os sea agradable el hospedaje.

El monge no añadió una palabra mas y volvió á sentarse, calándose la capucha hasta las cejas.

Dos legos guiaron al extranjero al otro extremo del refectorio, colocándole en una mesa de honor frente á la presidencia.

Casi todos los frailes del convento eran jóvenes sirios, armenios, árabes y maronitas, que pertenecían al gran tipo de la belleza oriental. No se les conocían las señales de la maceración, ni se hallaba en su rostro la amarilla palidez de los ascetas: todo entre ellos era salud. Sus ojos negros y vivos destellaban fuego, bajo las frentes tostadas por el sol y azotadas por el huracán. Casi todos llevaban caída sobre el hábito de lana parda la capucha azul.

Un golpe seco dado por el superior en la mesa con la cuchara de madera, advirtió á los religiosos que habia terminado la cena.

Se levantaron, y despues de dar gracias á Dios, fueron desfilando por pequeños grupos, para hacer segun la costumbre oriental la ablución de cara y manos en una pila de granito alimentada por un chorro continuo que caía de la bóveda del mismo refectorio, tallada en roca viva.

Poco á poco fueron retirándose, unos á la capilla para terminar sus oraciones, otros á pasearse hablando en los jardines, y otros, para gozar mejor de la calma y frescura de la noche, se sentaban en las azoteas, el codo sobre la rodilla, la barba apoyada en la mano y la vista perdiéndose en los azulados espacios guarnecidos de estrellas. La contemplación es uno de los primeros elementos de la vida monástica oriental.

El viajero pasaba entre ellos de un lado á otro, buscando por todas partes al religioso que habia llamado su atención sin encontrarle en ninguna.

Creyendo los monges que estaria fatigado á causa de la larga jornada, con suma discreción mostraronle la celda de los huéspedes; espaciosa cámara que recibía la luz por una ventana cuya gigantesca ojiva se entreabría en los valles del Líbano. El mueblaje era sencillo y poético. Nada recordaba allí las vulgaridades de la vida ordinaria. Los objetos destinados á los usos mas comunes tenían su carácter y su estilo. El lecho colocado sobre una plataforma, parecia mas bien destinado á meditar que á dormir. El hermoso jarrón lleno de agua fresca, tenia grande analogía con los vasos fúnebres de la antigüedad. Cerca de la cabecera lucía una lámpara como las que antiguamente ardían en el templo de Salomon.

El extranjero, poeta á sus horas, se encontraba al presente tan fatigado, que despues de echar una ojeada de satisfacción á su alrededor se acostó, quedándose profundamente dormido.

A la mañana siguiente, el sol se levantó mucho antes que el huésped. La benéfica noche habia derramado el sueño en sus venas como refrigerante bálsamo. Colocóse de codos en la ventana y respiró libremente las brisas cargadas con los aromas de los valles del Líbano. Una encantadora campiña desplegaba ante su vista alfombras de verde follaje, convidándole á meditar, y meditó por largo rato.

El sonido de las campanas interrumpió pronto su matutina contemplación.

El convento parecia hallarse completamente abandonado: los corredores solitarios, el claustro desierto, el locutorio silencioso; pero los ecos lejanos del rezo le condujeron á la capilla, donde entró un instante para oír los salmos traducidos al árabe, con ar-

reglo á una melo-  
día pausada y caden-  
ciosa, aunque monó-  
tona.

Una mirada escu-  
drinadora dirigida á  
la fila de los monges,  
no le descubrió al que  
buscaba, y hubo de  
retirarse de puntillas,  
distrayéndose en  
vagar por el convento  
interin terminaban  
los maitines.

El monasterio ocupa  
una posición grandiosa  
y salvaje entre los  
anillos de la quebrada  
cadena del Líbano hácia  
la falda que mira al  
Levante. El nido del  
buitre y del águila no  
son mas inaccesibles  
que este edificio horado  
en roca viva. Por entre  
las grietas de las peñas  
brotan aquí y allá  
nogales, olivos y  
gigantescas higueras  
de las Indias. Un  
torrente producido por  
los hielos que se precipi-  
taba desde la cúspide  
de la sierra hasta el  
pie del monasterio,  
filtrándose por entre  
las rocas, extendía en  
todas sus dependencias  
el dulce murmullo de  
las aguas y la frescura  
de la nieve que le  
servían de madre.

— ¡Ah! señor, si  
supiérais qué bello es  
el jardín de donde  
vengo, dijo Jenófanes  
enseñando á su amo  
los bolsillos repletos  
de brevas; y marchando  
delante de él para  
mostrarle el camino,  
le condujo hasta una  
verja de hierro, oculta  
por un bosque de  
algarrobos.

Este jardín monacal  
era un dilatado vergel  
y al mismo tiempo el  
soto que los buenos  
monges cuidaban con  
el mayor esmero. Sus  
cultivos variados, así  
como sus abundantes  
frutos, revelaban á  
primera vista la  
inagotable fecundidad  
del terreno. Corpulentos  
árboles, cuyas ramas  
nunca habían sido  
podadas, proyectaban  
sobre el césped una  
sombra llena de  
perfumes, mientras  
cantaban los pájaros  
saltando en sus  
frondosas copas.  
Enjambres de abejas  
zumbaban al rededor  
de las flores en los  
semilleros, y una  
ligera brisa movía  
suavemente su  
embalsamado cáliz.  
Era una hermosa  
mañana de otoño.

— Déjame, advirtió  
el viajero al jóven  
griego que triscaba  
á su alrededor como  
un cervatillo sobre la  
escarchada yerba.

— Como guste Su  
Excelencia, contestó  
volviendo las espaldas  
y engulléndose los  
higos á puñados.

El extranjero, guiado  
por las vueltas y  
revueltas de un arroyo  
que corría sobre un  
lecho pardusco cubierto  
de matorrales, entre  
salvia mezclada de  
musgo, vello-

silla y berros floridos,  
llegó á la linde de un  
bosquecillo en los  
confines de la clausura,  
donde como centinelas  
avanzados se destacaban  
dos cedros. Un poco  
mas allá el pino silvestre  
entrelazaba sus ramos  
con el terebinto de  
anchas hojas y las del  
ciprés.

No sin grande trabajo  
consiguió abrirse paso  
por una valla de higueras  
que formaban empalizada  
con sus punzantes  
espinas, y el explorador  
se internó en la espesura  
del bosque.

A los doscientos pasos  
divisó una superficie  
bordada de rosas y  
tapizada con musgo y  
rosales campestres.  
Reinaba en aquel lugar,  
al que no llegaban los  
vanos ruidos de la vida,  
la calma del mas profundo  
retiro. En medio de la  
esplanada, un gigantesco  
quitasol de pino cubría  
con sus ramas cierta  
meseta de mármol blanco,  
sostenida por cuatro  
pedestales de basalto:  
era una tumba. Sobre  
la losa fúnebre se veían  
grabados con letras de  
oro este nombre y esta  
fecha:

MARIA

184...

El sepulcro no tenía  
otro adorno que cuatro  
copas abiertas, colocadas  
en los ángulos donde  
las aves be-

bían la lluvia y el  
rocío del cielo, regocijando  
á los muertos con sus  
dulces cánticos.

Esta tumba es en  
compendio la historia  
de los conventos maronitas  
del Líbano.

« Los sarcófagos  
diseminados por los  
huertos claustrales  
guardan y velan misteriosas  
leyendas de verdad y  
arrepentimiento que al  
profano no le es permitido  
saber. »

Así se lo dijo al  
curioso viajero un  
meditabundo monje que  
rezaba arrodillado junto  
al fúnebre monumento.

B. DEL BARCO.

### El cedro

DEL BARRIO BEAUJON  
EN LOS CAMPOS-ELISEOS.

Este bonito barrio  
Beaujon, que es al mismo  
tiempo un barrio muy  
nuevo, va á sufrir también  
la ley inexorable de las  
demoliciones. Entre las  
casas que deben desaparecer  
se cuenta la del pintor  
M. J. Gigoux. — El

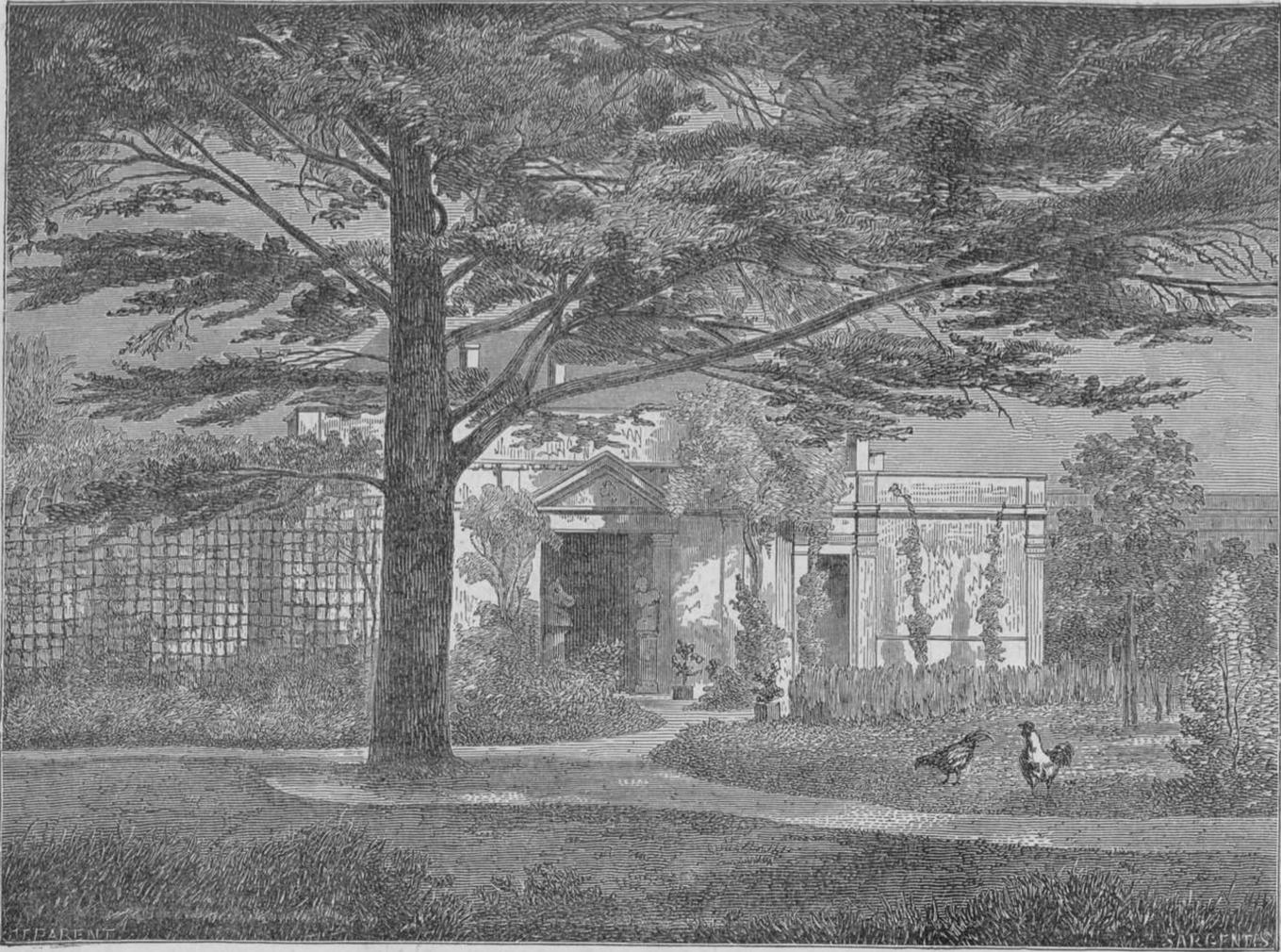
hermoso estudio de este  
artista puede trasportarse,  
pero no así el jardín,  
pues el estudio tiene un  
jardín, y el jardín un  
cedro monumental que es  
hermano del famoso  
cedro del Jardín de  
Plantas y el orgullo del  
barrio Beaujon. Por  
consiguiente el cedro está  
condenado á muerte;  
los albañiles no respetan  
nada, ni siquiera los  
árboles.

P. P.

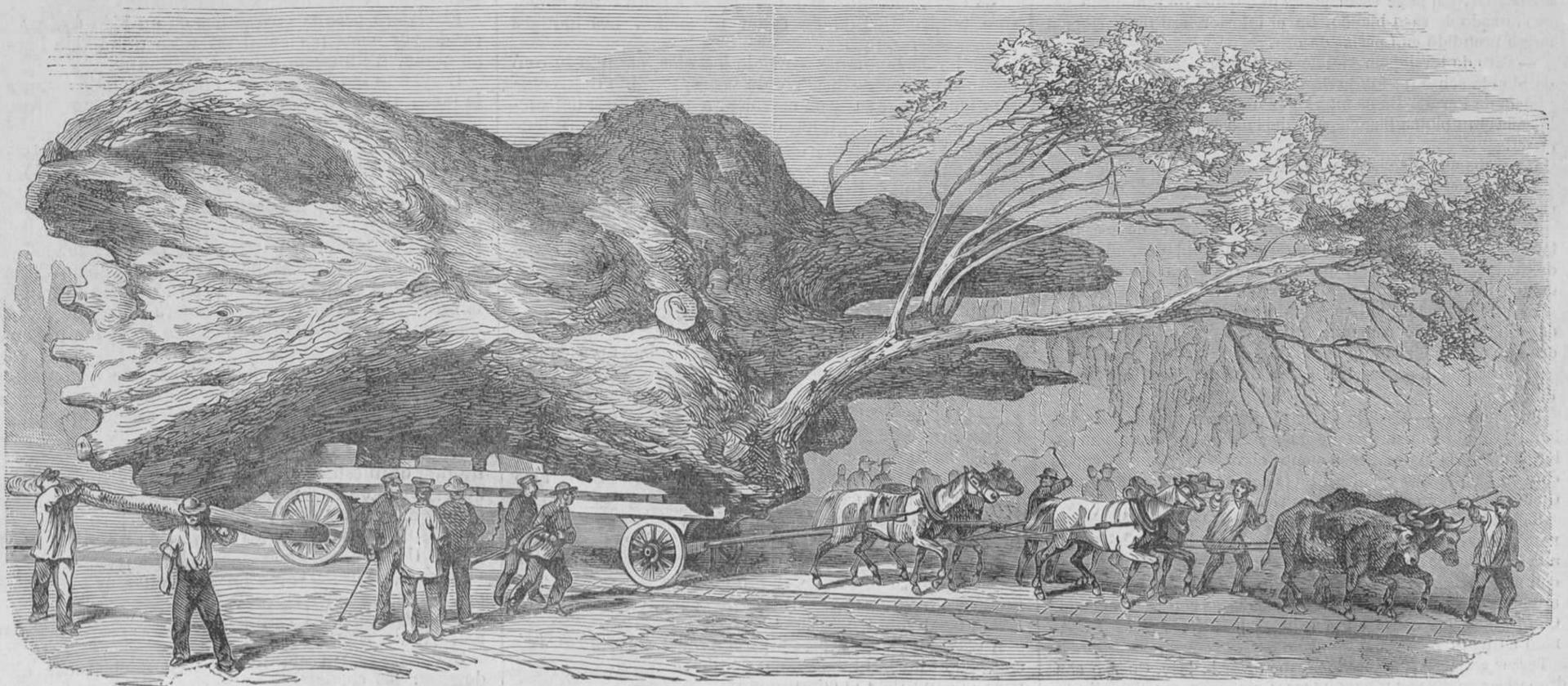
### Roble gigantesco de Pompegne.

Hace mas de un mes  
que M. Bransoulié de  
Bachasse mandó cortar  
en el pueblo de Pompegne  
cerca de Casteljaloux  
(Lot y Garona), un  
roble monstruoso; desde  
entonces unos quince  
jornaleros se hallan  
ocupados en el transporte  
de este venerable décano  
de los vegetales de  
Francia, á fin de  
establecerle bajo un  
cenador que el propietario  
hace construir enfrente  
del puente de Bachasse.

M. Bransoulié ha  
querido disputar al  
vandalismo de algun  
espíritu mercantil este  
glorioso resto de la  
naturaleza primitiva,  
colosal excentricidad  
que mide en su base  
17 metros 50 centímetros  
de circunferencia, y  
15 metros cuando menos  
por las otras partes.



CEDRO EXISTENTE EN EL JARDIN DEL PINTOR M. GIGOUX, EN EL BARRIO BEAUJON (CAMPOS-ELISEOS).



ROBLE GIGANTESCO DE POMPEGNE, CERCA DE CASTELJALOUX (FRANCIA)